LA CONDENA DE TÁNTALO



GREDOS

LA CONDENA DE TÁNTALO



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Elisa Ancori
Fotografías: archivo RBA; Album
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-9102-8
Depósito legal: B 22229-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Luego a Tántalo vi con sus arduos tormentos. Estaba hasta el mismo mentón sumergido en las aguas de un lago y penaba de sed, pero en vano saciarla quería: cada vez que a beber se agachaba con ansia ardorosa, absorbida escapábase el agua y en torno a sus piernas descubríase la tierra negruzca que un dios desecaba.

Odisea, Homero, Canto XI

Dramatis personae

Los mortales

Tántalo – rey de Lidia, mortal ambicioso y arrogante a quien su padre, Zeus, convida a compartir mesa con los dioses olímpicos.

Pélope – primogénito de Tántalo y Dione, sacrificado por su padre.

Níobe – hija mediana de Tántalo y Dione.

Bróteas – hijo menor de Tántalo y Dione.

Enómao – cruel rey de Pisa, en la Élide, y padre de la hermosa Hipodamía.

Hipodamía – bella hija de Enómao, que este solo entregará en matrimonio a quien logre derrotarlo en una carrera de cuadrigas.

Mírtilo – hijo de Hermes y artero auriga de Enómao, enamorado de Hipodamía.

Los inmortales

Dione – oceánide hija del titán Atlas y de la ninfa marina Pléyone, esposa de Tántalo y madre de sus tres hijos.

Zeus – soberano todopoderoso de los dioses olímpicos, padre de Tántalo.

Hermes – dios olímpico de las fronteras y los viajeros, mensajero de los dioses y padre del auriga Mírtilo.

Deméter – diosa olímpica de la fertilidad y madre de Perséfone, quien fue raptada por Hades.

Poseidón – dios olímpico y señor de los mares.

Apolo – dios de la belleza, la curación y la música.

Ártemis – diosa olímpica de la caza, hermana de Apolo.

Atenea – divinidad de la sabiduría, la técnica y las artes, de penetrante mirada.

Hefesto – dios olímpico del fuego y la forja, maestro herrero.

Afrodita – diosa de la belleza y el amor, esposa de Hefesto.

Ares – dios olímpico de la guerra, se entiende con Afrodita a espaldas de Hefesto, su esposo.

Cloto – una de las tres moiras, que hila la hebra de la vida de los mortales con un huso y una rueca, determinando su duración.

Hebe – diosa de la juventud y copera de los olímpicos.

1

El predilecto de los dioses

Una hilera de hombres serpeaba por la pedregosa ladera del monte Sípilo en pos de su cumbre. El ardiente sol lidio refulgía en el metal de cascos y espadas y su quejido de bronce acompañaba, con cada paso, al de las pesadas respiraciones. La figura que encabezaba la comitiva, ligeramente adelantada al resto, lo hacía ante todo por su linaje, mas poco habría tardado en cobrar igual ventaja si otro fuera el caso, tan superiores eran también su vigor y su determinación. Imprimía a su marcha una cadencia matemática, casi feroz, y sus ojos permanecían fijos en el objetivo final, del que no se apartaban siquiera un instante para estudiar el terreno y sus obstáculos, que por otra parte tan bien conocían. Cada vez ampliaba más la distancia que lo separaba del séquito, de cabezas gachas y espaldas arqueadas, que a duras penas lograba seguirlo, resoplando.

No era aquella, sin embargo, una expedición bélica, y una sonrisa se dibujaba ya en el rostro del cabecilla, un varón en la

flor de la vida, cuando acometía los últimos metros de la ascensión. Jirones de nubes rasgaban el cielo por el oeste, como arañazos, y su lento avance hacia el disco solar se registraba, oscurecido, en las negras aguas de la laguna que inundaba un cráter muy cercano a la cima del macizo. También la figura del escalador y, más tarde, las de su escolta se reflejaron por unos momentos en aquel espejo umbrío y turbio al circundarlo camino de la cumbre, semejantes a sombras que vagaran por el Hades.

El sol alcanzaba su cénit cuando Tántalo culminó la escalada y el inmenso espacio de sus posesiones se desplegó repentinamente ante él, para deleite de su mirada voraz, bajo el cielo luminoso. Aún tuvo tiempo de beber un odre de agua y derramar la mitad de otro sobre su cabeza sudorosa antes de que aparecieran los primeros de sus hombres. Se acercó primero el de mayor rango, su general, y Tántalo se volvió hacia él con rostro jovial.

—¡En buena hora! Creí que se os había tragado la montaña y que yo mismo habría de acudir a rescataros en mi descenso —le dijo, golpeándolo en el peto con gesto amistoso.

—Majestad —le respondió este, mientras aún recuperaba el resuello—, si persistes en torturarnos con estas excursiones, no sé qué quedará de tu guardia para protegerte y defender tu reino si nuestros enemigos tienen a bien invadirnos.

Tántalo rio de buena gana. Propinando otra palmada en el casco de su general y, dándole la espalda, volvió a fijar la vista en el espacioso horizonte.

—Sabes bien cómo me complace subir aquí —dijo.

Poco a poco, el resto de la comitiva iba ganando también la cima y, no más ponían su pie en ella, los soldados se de-

sembarazaban de sus pertrechos y se abalanzaban sobre los odres que aún contenían agua. Después se dejaban caer al suelo y apoyaban la espalda contra la roca, cerrando los ojos, o permanecían un rato más en pie, con el casco en la mano y su mirada imantada por el vasto campo que a ella se ofrecía. Uno de los hombres sacó una flauta y comenzó a tocar. Lo miró ceñudo su superior y a punto estuvo de ordenarle que volviera a guardarla, pero, viendo a su rey de tan buen humor, lo dejó pasar y recorrió él también con sus ojos la casi inabarcable extensión de tierra que el esfuerzo y la montaña habían puesto a sus pies.

No solo el monarca, también él mismo y el resto de la formación sentían el ánimo renovado tras la escalada. El día era hermoso y sus pechos rebosan esa emoción diáfana y poderosa que a los hombres embriaga cuando, asomados a un otero privilegiado como aquel, sienten enseñorearse de todo aquello cuanto les es dado contemplar. Un espejismo al fin y al cabo, caviló el general, hombre veterano y curtido. Otra forma de embriaguez que, como la que produce el vino, no suele ser sino antesala de una desagradable resaca. En su caso, del vértigo, de esa otra sensación a la que la primera tanto se aproximaba —si bien casi siempre inadvertidamente— y que parecía por el contrario destinada a recordar por siempre al hombre, cuando descuella y se aventura donde no debe, la humilde posición que ocupa en la trama del cosmos. Un hombre que corona una montaña no deja de ser siempre, pensaba el general, un hombre asomado al abismo.

—¡Pero qué hermoso día, sin duda! —concluyó para sí.

Tanto como afortunado era el monarca al que servía. Pues era Tántalo hijo del mismísimo Zeus, el más poderoso en-

tre los dioses, y de la oceánide Pluto, la de ojos de novilla, a quien el amontonador de nubes había seducido junto al río una tarde de primavera, hacía poco más de tres décadas. Los dioses habían sido siempre propicios a aquel retoño de su propia estirpe, que solo había conocido hasta entonces días venturosos. Tampoco estaba exento el joven rey, por otra parte, de cualidades propias. No había dejado de expandir sus dominios desde que tuvo edad de reinar y su regla había traído una prosperidad nunca antes conocida en aquellas tierras. Bendecido por tantas otras, tal vez fuera la menor de sus fortunas, o su único infortunio —a la sazón nadie podía saberlo—, la ambición incontenible que albergaba y que sus ojos delataban en días como aquel.

Permanecía absorto en la contemplación del paisaje cuando el general se acercó de nuevo a él.

—¿Deseas que disponga a los hombres para el regreso? —le preguntó.

—Lo que deseo, mi buen amigo —respondió Tántalo sonriendo, sin dejar de mirar el horizonte—, es que llegue el día en que no baste la altura de todos los Sípilos del mundo para alcanzar a ver todas mis posesiones.

El general se situó a su lado y, hombro con hombro, contempló con él la faz de aquella porción de la tierra.

—Allá, a nuestro frente —continuó Tántalo—, las tierras fértiles se llegan hasta el golfo de Esmirna, que se abre a su vez a las azules aguas del Egeo. Atenas, Corinto y Esparta aguardan en la otra orilla, junto a otros esplendores y riquezas no conocidos. A nuestra derecha, hacia el norte, se levanta la floreciente ciudad de Pérgamo y, mucho más al norte, la región del Ponto y sus negras aguas.

El general siguió con la mirada, por inercia, cada indicación de Tántalo, que nada nuevo le revelaba, mientras el frente nuboso avanzaba sobre ellos.

—Te quejas de estas ascensiones —le dijo Tántalo, sin perder el tono jovial—, pero tal vez vivas lo suficiente como para tener que patrullar los confines del orbe cuando estos también me pertenezcan.

—Así lo quieran los dioses —respondió el militar.

—Más les convendrá quererlo, o marcharemos sobre el cielo también —dijo Tántalo, alzando su vista hacia el firmamento, sin dejar de sonreír.

El general bajó los ojos, turbado por aquellas palabras.

—Señor... —acertó a decir por toda respuesta.

—¡Bromeo, nada más! —le tranquilizó el monarca, soltando una carcajada y tomándolo por los hombros—. Bien sabes, fiel amigo, que disto mucho de ser un hombre impío y que rindo escrupulosamente a los dioses todos los honores que reclaman.

Tántalo volvió a mirar hacia arriba en ese instante y una gota de agua le cayó en el ojo. Poco tardó la incipiente lluvia en comenzar a repiquetear sobre los cascos y pertrechos momentáneamente abandonados sobre la hierba rala y las peñas desnudas. Cesó el melodioso canto de la flauta y se levantó con celeridad el improvisado campamento. Los hombres se reequiparon y, de nuevo en formación, se aprestaron disciplinadamente para el regreso. Sabían que convenía no demorarse, pues también se alzaba ya la niebla y comenzaba a envolverlo todo. El gigantesco mosaico de teselas verdes, parduzcas y azuladas que tanto excitara sus sentidos hacía apenas unos momentos, allá abajo, retrocedió poco a poco

entonces, atemorizados, mas Dione se la arrebató de inmediato de las manos para restituirla a su lugar. Como quiera que Tántalo ya se disponía a retirarse, su esposa lo tomó del brazo, reteniéndolo, y con un gesto delicado lo conminó en silencio a que prestara atención al menor de sus hijos.

Tendido boca arriba sobre el capazo, Bróteas agitaba sus pequeñas extremidades con los ojos entrecerrados. A pesar de ser tan pequeño, era ya visible en su tierna fisonomía, algo contrahecha, que se trataba, con mucho, del menos agraciado de los tres hermanos. A Dione la angustiaba cómo aquel hecho, tan patente, impulsaba a su padre, fuese de manera consciente o inconsciente, a desvincularse del pequeño, en cuya existencia tantas veces parecía no reparar, y al que apenas prodigaba gestos de cariño.

Tántalo acarició unos momentos los piececillos del bebé con semblante abstraído, hasta que un trueno pareció resquebrajar el cielo sobre el mismo palacio.

—Será mejor que me quite estas ropas húmedas cuanto antes y me dé un baño. Te veré en la cena —dijo, y besó los labios rígidos de su mujer antes de abandonar la sala.

◇◇◇

La cena transcurrió rápido, pues el monarca se encontraba fatigado tras las largas horas de marcha, parte de ellas bajo la lluvia, y asuntos importantes lo reclamaban al día siguiente. Tuvo que tocarle ligeramente en el hombro Dione para despertarlo y ayudarlo a incorporarse mientras los criados recogían los restos, pues aderezado por el baño y por el vino, el cansancio había terminado por vencerlo. Camino de sus aposentos, Dione lo cogió de la mano y lo hizo asomarse

con ella al cuarto en penumbra donde, acostados por el aya, dormían ya sus hijos.

—Han pasado la tarde muy tranquilos, jugando —le susurró Dione—. Pélope, con el caballo de madera que le regaló aquel comerciante de Biblos. Y Níobe, como siempre, jugando a las familias con su colección de muñecas, regañándolas y abrazándolas a partes iguales, como si fueran sus hijas. Creo que será una madre formidable.

Tántalo sonrió y observó en silencio a los jóvenes durmientes. Dione apoyó la cabeza sobre su hombro y su esposo le pasó el brazo por encima del suyo para atraerla contra sí. Así permanecieron durante largo rato, callados, sus rostros tenuemente iluminados por el pábilo del candil que Tántalo sostenía en su otra mano. Quiso ver la oceánide en el gesto concentrado del rey una prueba de su afecto profundo y lo estrechó con fuerza, emocionada al verlo mirar así, con tanta intensidad, a los hijos de ambos. Casi se sentía inclinada a perdonar la indiferencia que mostraba para con Bróteas, confiada en que el tiempo terminaría por invertir aquel desapego viril, como en un tiempo anterior había terminado por ablandar los celos apenas velados que la llegada de su primogénito, Pélope, había despertado en el monarca.

Fuera, las últimas gotas de lluvia se desprendían renuentes desde los altos aleros y las hojas de los árboles para estrellarse a intervalos contra la tierra esponjosa, con un sonido cálido y melancólico. En el alma de Tántalo pugnaban, mientras tanto, sentimientos encontrados. Lo conmovían inmensamente, qué duda cabía, aquellos dos seres tiernos de respiración cadenciosa, tan vulnerables, tan maravillosamente sorprendentes y previsibles al mismo tiempo, tan

de una melodía bellísima e hipnótica, cuyas delicadas notas reverberaban en los altos muros y que, saliéndoles al paso, parecía invitarlos a seguirla, escoltándolos hasta su origen. Cuando llegaron a su destino, Hermes apartó con su brazo la gran tela que cubría la entrada y, extendiendo la palma de la mano, lo invitó a entrar.

—Adelante —dijo.

Tántalo vaciló un instante. El torrente de luz que descubrió la tela lo había cegado y sus ojos tardaron aún unos momentos en acostumbrarse. Pasado ese lapso, tampoco pudo determinar con exactitud cuál era la fuente de aquella luminosidad deslumbrante. La noche había caído ya fuera y no veía antorchas o pebeteros en la gran estancia. Era como si los propios muros, que se le antojaron jaspeados, emitieran aquella lumbre, cuya radiación parecía transformar las calidades de los objetos y del aire mismo. Era eso, o bien eran las propias figuras que aguardaban dentro las que así brillaban. Pues allí, reposando en sendos sitiales, se encontraban ya gran parte de los olímpicos, presididos por el mismo Zeus, su padre, quien lo saludó con un leve gesto de cabeza.

—Bienvenido. Toma asiento —le dijo y, señalando un sitial libre, lo invitó a ocuparlo. Tántalo se inclinó respetuosamente y se dirigió hacia el lugar indicado. En muy contadas ocasiones había visto a su padre antes. No recordaba hasta qué punto su presencia era apabullante, a un tiempo magnífica y terrible, aun cuando, como ahora, sonreía magnánimo. Junto al del rey de los dioses, a su diestra, advirtió Tántalo otro trono desocupado que, dedujo, estaba destinado a Hera, de momento ausente. Ocupó su lugar el mortal entre los

hijos de Leto, Apolo y Ártemis, que se limitaron a reconocer su presencia con un altivo movimiento de sus cabezas.

Era Apolo quien tañía, distraído, la lira de la que manaban, como si de una fuente se tratase, aquellas notas argentinas y conmovedoras que los habían recibido al entrar en palacio. Sin coraje para hacer nada más que mirarla de reojo, le llamó la atención, en la circunspecta Ártemis, junto a su belleza, su porte atlético y viril. Descubrió también que a su frente tenía a Poseidón, quien conversaba con Deméter. No parecía el dios haber reparado en Tántalo, o bien no había creído necesario dar muestra de ello. Su áureo tridente reposaba en el suelo, junto a su fuerte brazo. Sin llegar a la magnificencia de Zeus, su figura era asimismo temible y majestuosa y Tántalo tardaría un tiempo en vencer la inhibición que su imponente presencia le causaba.

Con todo, si algo lo asombró sobremanera en aquella visita inaugural fueron los ojos de Atenea. La primera vez que se posaron en los suyos, lo hicieron temblar, literalmente. Era tal la profundidad de aquella mirada penetrante, tal la inteligencia que irradiaba, que uno no podía menos que sentirse escrutado hasta el fondo mismo del alma, devenido súbitamente expuesto y vulnerable. Serían de hecho aquellos ojos, y no otra cosa, lo primero que recordase la mañana siguiente, al despertar.

Advirtió Tántalo asimismo que, si bien no exenta de solemnidad, la atmósfera era relajada y jovial. También, que casi todos los comensales vestían túnicas, ricamente bordadas, pero sencillas y cómodas, y se sintió ridículo de nuevo por su indumentaria militar. Pareció percatarse de ello la joven y perspicaz Hebe, que oficiaba de copera y, llamán-

dolo aparte, le ofreció a él también una de aquellas prendas. Cuando regresó a su sitio, más cómodo y francamente agradecido por el cambio de vestuario, hacían acto de presencia, algo retrasados, Ares y Afrodita. Llegaban ambos riéndose y cuchicheando y fue aquel, tal vez, recodaría luego, el único momento del simposio en que la tensión se hizo palpable. La llegada de la pareja y su actitud cómplice y desenfadada generó en Atenea, que los miraba con desaprobación, una perceptible irritación, si bien silenciosa. Aparentemente ajeno a aquella, el terrible Ares frunció el ceño, entre burlón y displicente, al reparar en Tántalo, antes de tomar asiento y engullir con fruición un racimo de uvas. Se dejó caer en el sitial contiguo a Afrodita, quien tenía las mejillas encendidas. Su belleza y su sensualidad resultaban tan insoslayables que Tántalo, excitado por su sola visión, no pudo más que ruborizarse él también. Turbado, durante el transcurso del banquete trató de no volver a posar sus ojos en la diosa. Le pareció, sin embargo, que tanto Afrodita como Ares se percataban de aquella actitud esquiva suya, lo cual, de ser así, parecía sin duda divertirlos. Mas ¿dónde estaba Hefesto?, se preguntó Tántalo varias veces. Pero el dios de la fragua parecía haber decidido no honrarlos con su presencia aquella noche.

Finalmente, fue Zeus quien tuvo la cortesía, tras presentarlo, de introducir a Tántalo en la conversación.

—Discutíamos, antes de tu llegada y la de Hermes —dijo el hijo de Crono con voz poderosa—, sobre si, de toda la creación, es mayor la belleza de los tesoros que guardan los océanos o la de los que la tierra encierra en sus entrañas. Defendía mi hermano —añadió Zeus, mirando en dirección a Poseidón, cuya visible impaciencia parecía cuestionar la pertinencia de aquella pausa y aquella sinopsis— la primacía de los primeros, más extensos, y de las maravillas submarinas. Argüía Deméter, por su parte, que tratándose de medios tan distintos, se trata de dos tipos de belleza diferentes y no necesariamente conmensurables.

Tántalo asintió con deferencia, sin decir nada. Poseidón intervino entonces, invitándolo a pronunciarse sobre la cuestión, con la clara intención de ponerlo en evidencia.

—¿Qué opinas al respecto, rey minero? —dijo con tono suficiente y malicioso—. ¿Has salido alguna vez de tu reino, recorrido el orbe y conocido las maravillas de que hablamos para poder juzgarlas o no equiparables?

Cesaron entonces varias de las conversaciones paralelas y la mayoría de las miradas se posaron en el humilde mortal. Sintió Tántalo el peso de aquellos terribles pares de ojos y tardó unos instantes en responder. No le tembló la voz al hablar, sin embargo, cuando por fin lo hizo:

—Me temo que, como afirmas, no soy competente para dirimir esa cuestión, pues muy poco sé de los tesoros que oculta tu reino, y, en efecto, es mucho lo que me queda por conocer de los que esconde la tierra. Pero me inclino a pensar, como hace Deméter, que puedan existir distintas dimensiones de la belleza, o aun distintas «bellezas». Si se me permite, quisiera mencionar un tercer tipo que creo conocer bien. Uno tal vez superior y en el que, sin embargo, no creo que hayáis reparado. —Alzó las cejas Poseidón con ofendida incredulidad y dejó Apolo de tañer su lira, su atención definitivamente capturada por el recién llegado—. Hablo de una dimensión o cualidad de la belleza que no

tiene que ver tanto con su ubicación, con el espacio, como debatís; sino con el tiempo.

Tántalo se detuvo un instante. La expectación del honorable auditorio era ahora absoluta.

—Me refiero —prosiguió— a la intensidad dolorosa pero incomparable que adquiere la belleza, ya sea acuática o terrestre, cuando está tocada por la finitud; la del propio objeto, pero sobre todo la del ojo que la contempla. Hablo de la belleza y el valor especiales que adquiere todo lo que se acaba por el mero hecho de hacerlo, de cuánto más bella es una flor delicada porque finalmente se marchita, de cuánto más intensamente hermosa es la juventud porque no regresa, de lo conmovedor que puede llegar a ser un ocaso —añadió, mirando a Deméter y, por primera vez a los ojos, a Poseidón— porque es efímero, y, sobre todo, de lo doblemente bello que resulta cuando quien lo contempla no tiene la certeza absoluta de que vivirá un día más para ver otro amanecer.

Calló Tántalo. Callaron todos. Hasta el mismo Poseidón pareció desconcertado por aquellas palabras. Ninguno cuestionó empero su profundidad. Mas era su audacia, por encima de todo, la que había conquistado así el respeto de las deidades. Sin titubear, aquel mortal había osado hablarles de lo único que ellos, en su omnipotencia —la misma que ahora sentían, de algún modo, sutil e inesperadamente mermada— no conocían. El sombrío recuerdo del mismo Crono, que penaba encadenado en el Tártaro, sobrevoló por un instante la sala.

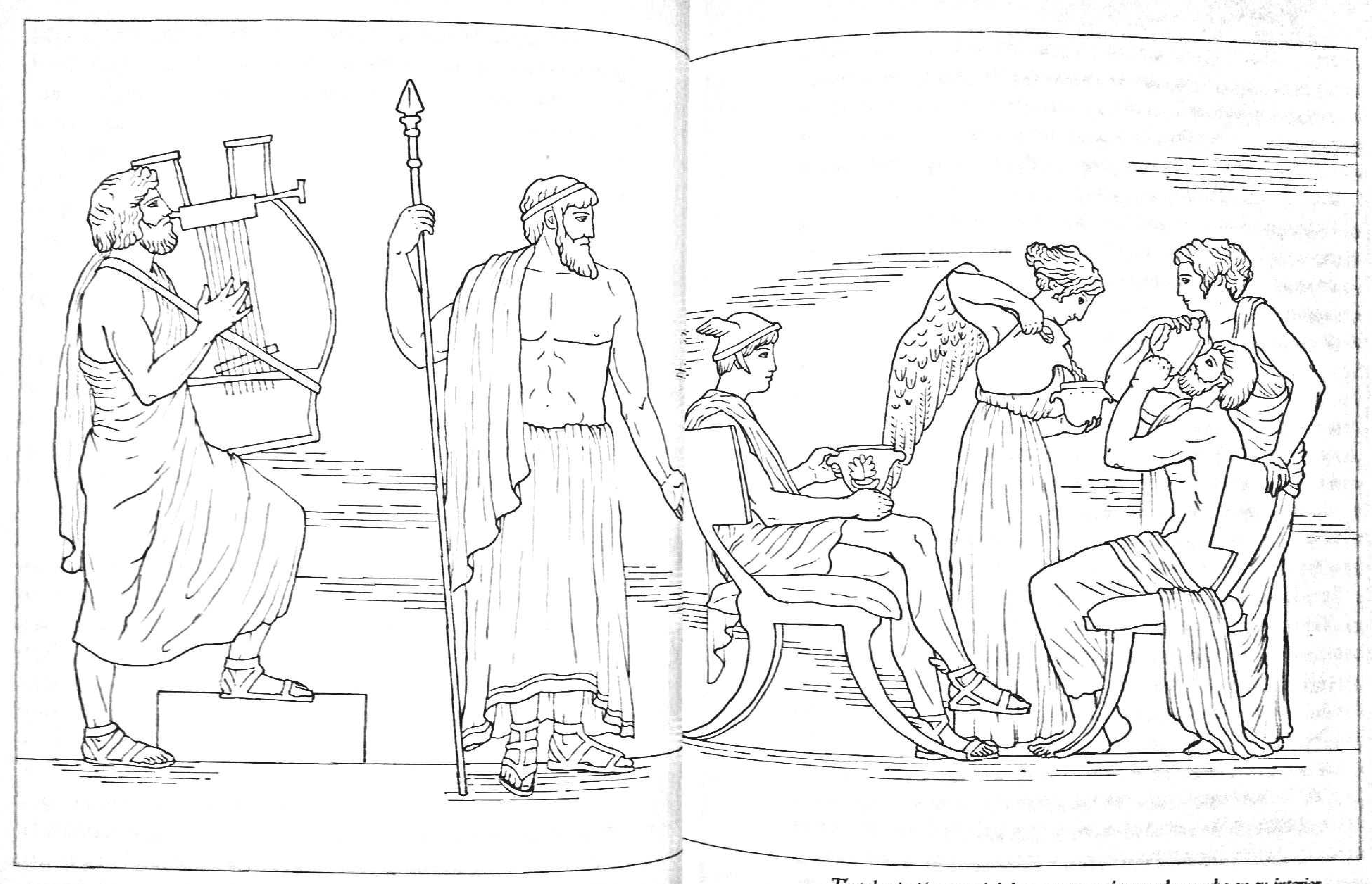
Miró por primera vez la filántropa Atenea a Tántalo con verdadera curiosidad y, mientras lo hacía, si bien no se atrevió a certificarlo, sintió Tántalo que sonreía. Miró a su vez Tántalo a su padre, Zeus, temeroso de la reacción que su

discurso pudiera haber motivado en él. El corazón le latía con fuerza y podía percibir la violencia de su bombeo en las sienes. Pero Zeus lo miraba complacido y, haciendo un gesto a Hebe, la conminó a servirle. Tántalo sostuvo entonces con mano ligeramente temblorosa la copa que le era ofrecida y contempló cómo era llenada de néctar. Dubitativo, volvió a mirar en dirección a Zeus, solicitando con la mirada su aprobación antes de llevársela a los labios. Asintió Zeus con una ligera inclinación de su cabeza y Tántalo bebió.

Hacia él avanzaba ya también, pasando de mano en mano, un plato de ambrosía. Cerró los ojos al apurar el trago y sintió cómo el líquido, extrañamente dulce y amargo al mismo tiempo, se derramaba en su interior, donde estalló inflamando cada nervio de su cuerpo. Con la mirada encendida, volvió a depositar la copa en la bandeja y tomó el plato que se le ofrecía. Nunca más volvería a ser el mismo hombre.

∞

Transcurrieron los meses y las ausencias de Tántalo se fueron haciendo más frecuentes. Dione asistía con impotencia al paulatino alejamiento de su esposo y al enfriamiento de su relación, mientras los árboles del jardín de palacio iban perdiendo sus hojas hasta quedar desnudos. «No me esperes a cenar hoy», solía ser el escueto mensaje con el que el monarca se dignaba a informarla de sus nocturnas excursiones al Olimpo. Hasta que dejó siquiera de prevenirla y la oceánide pasaba las noches en vela aguardando su regreso. Pero tanto o más que la soledad a la que se sentía condenada, le entristecía ser testigo de la transformación que se iba operando en el carácter de Tántalo, de un modo que confirmaba fundados sus



Tántalo sintió como el dulce y amargo néctar se derramaba en su interior.

peores temores la víspera de su primera partida, que ahora tanto maldecía. El frecuente trato con los dioses —quienes, entretenidos por su ingenio y su audacia, habían terminado por apreciar a Tántalo y por acogerlo casi como a uno de los suyos— henchía el natural orgullo del rey y alimentaba sus más oscuras ambiciones.

Tan pagado de sí mismo estaba que ya nadie de su entorno, o incluso de su misma condición mortal, pareciera merecer su deferencia. Eran múltiples las dianas en las que se clavaban los agrios dardos de su altivez, cuando no de su displicencia, y ni siquiera sus vástagos lograban ya quebrar aquella coraza invisible que la vanidad iba armando entorno a su corazón. En vano intentaba interceder Dione para ablandarlo, quien veía cómo su hogar se desintegraba, mientras lidiaba con los ataques de ira de la también orgullosa Níobe —que pagaba con ella la frustración que la ausencia paterna le generaba— y asistía con pavor a la incipiente guerra que empezaba a librarse también, silenciosamente, entre Tántalo y Pélope. No, aquel no era ya el hombre del que se había enamorado tiempo atrás.

Por último, y en lo que sentía como la ofensa definitiva, Tántalo había comenzado a celebrar también periódicos banquetes en palacio. Durante el transcurso de los mismos, parecía dejar a un lado su petulante misantropía por unas horas, para rodearse de aduladores, de una camarilla de bebedores de alto linaje y vida disipada, con el único objetivo, pensaba Dione, de jactarse del favor divino con que contaba. Allí hacía continuas referencias a sus visitas al Olimpo, envolviéndose en misterio al tiempo que paladeaba la atención de su cuestionable auditorio. «¡Cuéntanos más!», rogaban, y Tántalo se llevaba la copa a los labios con una sonrisa enigmática, cuya discreción, confiaban los presentes, la embriaguez terminaría por desarmar más temprano que tarde.

No se resentía, sin embargo, el reino de la progresiva mudanza de su monarca a las alturas, pues los dioses favorecían tanto o más que antaño a su predilecto. Mas Tántalo, puesto a decidir si aquella prosperidad se debía más a la magnanimidad de las deidades que tanto lo protegían o a su propia sabiduría, tendía siempre a atribuirse el mérito casi en exclusiva. Tal era la confianza con la que los inmortales habían llegado a honrarlo que Hermes comenzó, a petición suya, a cederle las riendas del carro alado en algunas ocasiones, hasta que llegó el día en que, no necesitando ya de guía para el trayecto, el carro le fue enviado desde lo alto sin tripulante.

Cuando vio descender el carro vacío, Tántalo saltó a él y asió las riendas con deleite. Tiró ligeramente de ellas un par de veces, enseñoreándose del tiro alado y lo arengó profiriendo un grito. El carro se elevó en el aire y del pecho del auriga escapó una sonora carcajada mientras ponía rumbo al mismo sol, que ya caía. Sintió Tántalo el contacto del aire frío en el rostro y cómo su corazón se hinchaba a medida que su hogar, su palacio y su reino entero menguaban bajo sus pies. Le agradaba ver cómo se perdían en la distancia, tanto como lo contrariaba verlos aparecer de nuevo cuando regresaba, pues lo contrariaba todo aquello que le recordase su condición mortal, incluidos sus propios hijos.

Volvió a azuzar con brío a los caballos, aunque no hubiera necesidad de ello, disfrutando de aquel privilegio como si fuera un niño. Había ido acostumbrándose a aquellas ascensiones, además, y ya no sentía vértigo. Y con el vértigo, habían ido desapareciendo también su apocamiento y su cautela



Dione asistía con impotencia al paulatino alejamiento de su esposo Tántalo.

iniciales en presencia de los dioses. No por casualidad, su desinhibición corría pareja al gradual conocimiento que había ido trabando de los olímpicos, de su grandeza, pero también de sus miserias, de sus rencores y rencillas. Había descubierto hasta qué punto eran las deidades presa de las mismas pasiones que los mortales.

Así la ridícula animadversión que Hera seguía mostrando hacia él, como hacia cualquier progenie de Zeus no salida de su vientre, o las palpables muestras de celos que la diosa consorte daba en público, hasta el punto de enfrentarse abiertamente a su esposo, para luego acabar reculando casi siempre, amedrentada. El monarca había asistido también a más de un cruce de dardos envenenados entre Atenea y Afrodita, y hasta contemplado, en cierta ocasión, cómo la diosa sabia, por lo general tan moderada y cabal, perdiendo la paciencia, se había enfrentado al mismísimo Ares a cuenta de una provocación de este. Y no hubiera salido bien parado del cruce de golpes el feroz dios de la guerra de no haber intervenido el padre de ambos para separarlos, como si fueran dos chiquillos. Incluso al gran Poseidón, dueño y señor de tamaño imperio, traicionábanle a veces la avaricia y la envidia y, quejándose de que no se le adorase también en tierra firme, llegaba a poner en duda la legitimidad del sagrado pacto por el que él y sus dos hermanos, Hades y el propio Zeus, se habían repartido todo lo existente tras vencer a los titanes. Y qué decir del mismo Zeus, pensó Tántalo mientras, dejando atrás el mar, se aproximaba ya a las estribaciones olímpicas. ¡Qué arteras triquiñuelas no inventaría el amontonador de nubes con tal de satisfacer su lujuria! El auriga volvió a reír, solo en la inmensidad del espacio.

Durante el tiempo que llevaba disfrutando del honor que los dioses le habían concedido, había sido testigo de tantos episodios como aquellos que una pregunta se había ido formando en su mente, una que superaba peligrosamente todas sus previas audacias: ¿Tan diferentes eran los dioses de los mortales? Como un silogismo perverso, aquella pregunta llevaba aparejada —inexorable, fatalmente— otra: ¿Tan diferente era él... a un dios? ¿Acaso no galopaba en ese mismo instante en un carro áureo tirado por caballos voladores, camino de la morada divina? ¿Acaso no era hijo de dioses? ¿No corría la sangre del señor del universo por sus mismas venas? Tal cavilaba, inflamado de ambición, y con tan brusco gesto hizo ascender a los caballos hacia el Olimpo, cuyas cumbres ya se divisaban a lo lejos, que miró a sus pies para asegurarse de que el modesto zurrón que llevaba consigo aquella noche seguía allí donde lo había dejado.

Nadie pareció reparar en algo tan insignificante como el zurrón cuando llegó al palacio olímpico. Tampoco le costó trabajo a Tántalo ocultarlo junto al sitial una vez iniciado el banquete. La tensión que le producía lo que se proponía llevar acabo le hizo de hecho disfrutar especialmente aquella velada, en la que la bebida parecía correr como nunca antes. También fue la primera en la que se permitió hacer, como acostumbraba el resto, un comentario mordaz sobre el tullido Hefesto, nuevamente ausente.

—Tal vez solo esté llegando —había dicho, y lo dioses reaccionaron al malicioso comentario con una festiva carcajada.

Envalentonado aún más por aquella acogida, poco después, cuando nadie parecía prestarle atención, Tántalo abrió el zurrón con un gesto rápido e introdujo parte de la ambrosía

y del néctar que antes había depositado convenientemente en un plato y una copa junto al mismo, con cuidado de no derramar el líquido. Luego cerró apresuradamente la alforja y aún llegó a tiempo para unirse a la nueva algazara que un incisivo comentario de Hermes había motivado. Nunca antes, pensó Tántalo, se había reído tanto como aquella noche.

∞

—Hefesto es un cornudo.

En la gran mesa del palacio se hizo el silencio y las copas titubearon en las manos de aquellos que se disponían a brindar por el dios. Uno de sus consejeros, que era quien había propuesto el brindis, en agradecimiento por la buena marcha de las minas del Tmolo, miró a Tántalo. Estaba tan desconcertado por la blasfemia como por la suficiencia con la que su rey la había proferido. Este, ya embriagado, lejos de desdecirse, añadió:

—Su legítima esposa, la adúltera Afrodita, se entiende con Ares a espaldas del tullido.

Los comensales, también embriagados, se deshicieron de los pocos escrúpulos que acababan de mostrar al oír la primera afirmación y se agolparon, como solían, entorno a Tántalo.

—Cuéntanos más —le dijo uno de ellos.

Tántalo saboreó aquella expectación como acostumbraba. Después la acrecentó aún más.

—Tengo algo mejor para vosotros.

A continuación, dio una palmada. Al instante entraron en la sala dos esclavos portando una copa dorada, llena de un líquido denso y lustroso, y un plato en el que reposaba una sustancia gelatinosa de aspecto sublime y apetitoso. Los

sirvientes depositaron ambos sobre la mesa y se retiraron de nuevo a un gesto de su amo. Varias de las copas que acababan de alzarse sin éxito para brindar por Hefesto cayeron sobre la mesa, tal fue el impacto que tuvo en los bebedores la sola visión de aquellos manjares, nunca antes vistos pero tantas veces soñados.

—¿Es...? —comenzó a decir uno de los presentes, pero no acertó a completar la pregunta.

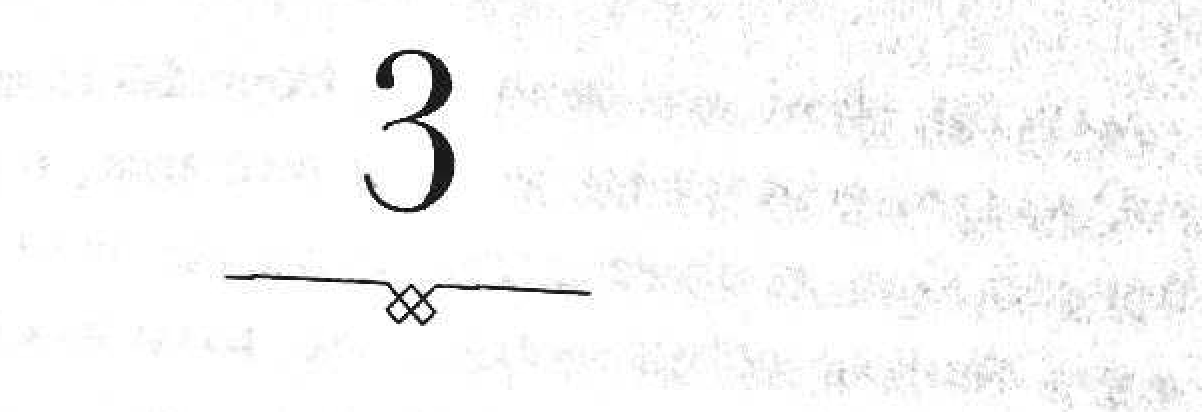
—Es —respondió Tántalo, mirándolo a los ojos, exaltado y desafiante.

Y tras contemplarse fieramente ambos hombres durante unos instantes, calibrando la magnitud del sacrilegio que estaban a punto de cometer, presos de la embriaguez y excitados por el desafuero, estallaron en una risotada demente que pronto se extendió a toda la mesa.

Horas después, cuando ya nada quedaba del néctar ni de la ambrosía hurtados por Tántalo, y muy poco del vino de sus bodegas, este alzó de nuevo su copa y habló con voz pastosa:

—Hay algo que quiero anunciaros. Habéis de saber que los mismos sitios que ocupáis esta noche los ocuparán los olímpicos en no muchas jornadas, pues he *invitado* a los mismos dioses a banquetear en mi propia casa.

Las contadas copas que quedaban en alto cayeron de nuevo de las pocas manos capaces aún de sostenerlas. Con la mirada extraviada, Tántalo seguía riendo.



3

Crimen y castigo

Hermes y Zeus paseaban por una vasta terraza asomada al mundo. El rey de los dioses apoyó las manos sobre la balaustrada de blanco mármol que la delimitaba. A un gesto suyo, las nubes que se apelmazaban debajo de ellos se hicieron lentamente a un lado. Disolviéndose, descubrieron la faz de la tierra.

—¿Hasta dónde crees, Zeus, que llegará su osadía?

—Pronto tendrá ocasión de demostrarlo —respondió el dios de los cielos con la mirada fija en el horizonte—. O de enmendarse.

—Pareciera que en el último banquete lo incitabas a invitarnos a su propia casa, como finalmente hizo, creyendo que la ocurrencia era enteramente suya, embriagado como estaba —dijo Hermes.

—¡Con qué entusiasmo lo hizo, alzando su copa! —sonrió Zeus.

—Y aún elevó más la apuesta Poseidón, excitando su orgullo a sabiendas y sugiriéndole que tratara de sorprendernos con algún plato especial.

—Orgulloso como es él mismo, tuvo mi hermano siempre especial talento para excitar los orgullos ajenos.

Hermes calló por unos instantes, pensativo.

—Sé que aprecias, o apreciabas, a este hijo mío —le dijo Zeus—. Y mentiría si no reconociera que todos nos hemos solazado con su compañía y con la pirotecnia de su ingenio y sus audacias. Ambos sabemos también, sin embargo, que ha llegado demasiado lejos.

Hermes asintió.

—Durante toda mi vida —dijo— he saltado de un mundo a otro y cruzado límites y fronteras, he recorrido los confines de la tierra y descendido al mismo Tártaro. Sé qué poco valen la audacia y la astucia cuando no están atemperadas por la prudencia. Y sé también, bregado como estoy en toda suerte de trayectos y comercios peligrosos, que hay líneas que una vez traspasadas no permiten ya la vuelta atrás. Son varias las que Tántalo ha cruzado ya.

—Estás en lo cierto. Mas dejemos a las moiras la última palabra sobre lo que ha de acontecer.

E invitando a su emisario a acompañarlo, Zeus se dirigió de nuevo hacia el interior del palacio. Fuera, comenzaba a caer la nieve.

◇◇◇

Dione permanecía rígida en el lecho. Quería hablar con su esposo, tenía que hablarle, pero no sabía cómo abordarlo, tal era la brecha que se había abierto entre ellos. Con el tiempo,

su tristeza inicial había mudado parcialmente en decepción y luego en dolor, para acabar adquiriendo la amarga cualidad del rencor. Pero ahora sus emociones rayaban directamente en el puro terror. ¿A qué jugaba Tántalo? ¿Y acaso no advertía a qué riesgos los exponía a ellos, a su familia, con su actitud?

Poco parecía importarle eso al hombre que roncaba tirado a su lado, ebrio y desmadejado. Pocos parecían ser los lazos que mantenía, no ya siquiera con ellos, sino con la misma realidad, y eso era lo que más estremecía a la oceánide. Cada vez más embebido de su condición y de sus privilegios, cada vez más enajenado, Tántalo había comenzado a hacer cosas extrañas. En una ocasión reciente, Dione lo había sorprendido, sin que él advirtiera su presencia, completamente solo en el gran salón, acercando la mano al fuego que ardía en la chimenea y retirándola luego violentamente, con gesto sorprendido y contrariado, como si hubiera esperado, efectivamente, no quemarse. ¿O es que era eso lo que, en el fondo pretendía, prenderse fuego y destruirse? Más de una tarde, al verlo partir en su carro alado desde el balcón de palacio, al verlo poner rumbo, ufano, hacia el oeste, Dione había deseado que se estrellara contra el mismo sol.

La oceánide había perdido casi toda esperanza de recuperarlo, de salvarlo, pero no podía renunciar a salvar a sus hijos. No sabía, no quería saber qué acontecía en los banquetes olímpicos a los que asistía Tántalo, tampoco sabía ni quería saber qué acontecía en los que últimamente celebraba en palacio, pero le sobraba intuición para imaginarlo y para sospechar las consecuencias funestas que terminaría por acarrearles a todos aquel tráfico —a buen seguro ilícito,

sino directamente sacrílego— que el monarca se traía entre el cielo y la tierra.

Así estuvo debatiéndose hasta bien entrada la noche, y solamente cuando comenzaba a clarear se atrevió finalmente a tocar el hombro de su esposo, rogando por que estuviera más despejado.

—Tántalo —dijo.

Arrancado de las garras del sueño, el durmiente tardó un rato en reaccionar, revolviéndose entre las sábanas.

—¿Qué quieres? —respondió con voz ronca.

—Tengo que hablarte —dijo Dione.

Tántalo gruñó por toda respuesta al requerimiento, pero se incorporó a medias, dando a entender que, si bien no le prodigaba ningún contento tener que hacerlo, la escuchaba.

—No sé qué hiciste ayer exactamente con tus invitados. No sé por qué la algarabía y los gritos eran mayores incluso que en otras ocasiones. No sé por qué estaban y están los esclavos tan nerviosos, pues se dejarían matar antes que traicionarte. No sé lo que ocurrió anoche, ni la noche anterior, ni la anterior... ni en tus visitas al Olimpo ni aquí, en mi propia casa. Nunca te has dignado a hablar de ello ni he querido yo rebajarme a exigírtelo. No lo sé, ni me importa, no me importan los detalles. Me importa que, sea lo que sea, estés jugando con fuego y nos busques la ruina a todos. A tus hijos y a mí.

Tántalo resopló pesadamente. Se pasó una mano por el rostro embotado y áspero. La cháchara de su mujer lo incomodaba.

—No sabes de lo que hablas —respondió sin mirarla.

Dione sí lo miraba a él, fijamente.

—Tal vez no sepa de lo que hablo. Ojalá no sepa de lo que hablo. Lo único que importa es si tú sabes lo que haces.

No pudo seguir el monarca esquivando la mirada de su esposa y posó sus ojos en los suyos. En su boca se dibujó un rictus despectivo.

—Con los dioses no se juega, Tántalo —continuó la oceánide, tomando su mano entre las suyas, tratando de apelar a cualquier resto de ternura que pudiera quedar intacto en él—. No sé qué propósitos te traes entre manos, pero te conozco. O te conocí. Y son muchos los signos que muestran que has extraviado el rumbo. Si llegaras a ofender a los dioses, si llegaras a ofender a tu padre, su reacción sería terrible. Recuerda, te lo ruego, el ejemplo del mío, Atlas, quien pena por toda la eternidad sosteniendo la cúpula celeste desde que los titanes fueran derrotados por los olímpicos.

Tántalo soltó una risa forzada.

—¿Acaso me crees capaz de declarar la guerra a los mismos dioses? —dijo.

—No —respondió Dione—, pero te hablo del cruel destino de mi padre y su misión para recordarte también lo importante que es que tierra y cielos se mantengan separados, de modo que cada cual sepa el lugar que ocupa.

Guardó silencio Tántalo, incomodado por la admonición.

—Solo te suplico prudencia en tu obrar —continuó la oceánide— y que recuerdes que no es un único destino el que depende de tus acciones y ambiciones, sean las que sean, sino también el nuestro. Estamos atados a ti.

«Como yo lo estoy a vosotros, por desgracia», pensó Tántalo, a quien la pesadez de la resaca le hacía fantasear con la

ingravidez gozosa que experimentaba cada vez que ascendía hacia las cumbres en el carro alado. Con esa sensación a la que el vértigo inicial había dejado paso y en pos de la cual pareciera estar dispuesto a soltar cualquier lastre.

—Fundados o infundados, tus temores tienen fácil cura —dijo Tántalo—. He invitado a los dioses a festejar en nuestra propia casa. Y han aceptado la invitación. Su presencia en palacio honraría a la más noble de las reinas, pero sé que tú encontrarás tus razones para lamentarlo también. Será, sin embargo, una ocasión excelente para tratarlos y honrarlos con el respeto que merecen y para, si en algo hubiera podido ofenderlos, como tan vanamente especulas, reparar tales daños.

Y hablando así, corrió de un golpe la cortina para tapar el único y minúsculo ventanuco de la alcoba, por el que empezaba a filtrarse la luz de la mañana. Le hubiera bastado con cerrar los ojos de nuevo para no ver que su esposa temblaba.

◇◇◇

Durante las semanas previas a la fecha fijada para el banquete, la calma tensa en la que, intramuros, se abismaba la relación de los cónyuges, se vio ensordecida por la actividad febril que se iba apoderando del palacio y sus aledaños. Los vencejos describían en el aire frío y gris trayectorias extrañas que a Dione se le antojaban aciagas, mientras sobrevolaban los cargamentos de viandas y ánforas selectas que, procedentes de diferentes rincones del país, iban colmando las bodegas y despensas reales. Tántalo se mostraba especialmente esquivo con Dione, pero sus ojos estaban poseídos de un brillo perturbador. Durante gran parte del día iba de aquí para allá, impartiendo instrucciones y supervisando

personalmente los preparativos. Había mandado forjar en oro fastuosos sitiales, divanes y copas, adornados con ricas pedrerías. En los telares se trabajaba con la misma celeridad concluyendo un vasto tapiz que celebraba el triunfo de los olímpicos sobre los titanes y que había de adornar el gran salón la noche convenida. En aquel ambiente frenético todo parecía dispuesto para recibir y glorificar a los exclusivos invitados, por mucho que solo un selecto grupo de los implicados en aquellas tareas supieran para qué y quiénes trabajaban realmente.

Sin embargo, los verdaderos planes de Tántalo eran muy otros. Aquel despliegue de lujo y abundancia no era sino el artificio destinado a distraer la atención de los presentes del verdadero objeto de la reunión, la brillante pantalla tras la que se ocultaban sus más negras maquinaciones. Pues los últimos restos de piedad o siquiera de cabal prudencia que en él quedaban capaces de contener su desmedida ambición habían sido desterrados para siempre la jornada fatídica en la que, tras cruzar en solitario la noche y el éter camino del Olimpo, había osado burlar a los mismos dioses, hurtando su alimento para compartirlo después con los mortales.

Ebrio de poder, Tántalo había creído ver así corroboradas sus crecientes sospechas sobre la omnisciencia de los dioses. Las mismas en cuyo reverso palpitaba su desesperado anhelo de inmortalidad. Desde entonces, su cabeza no había podido descansar tratando de fraguar el experimento o el engaño definitivo que pusiera al descubierto la falibilidad de las deidades y que, al hacerlo, cancelara de algún modo la distancia que lo separaba de ellas. En su febril enajenación, el monarca se había convencido además a sí mismo de que

solo haciendo un gran sacrificio podría arrebatarles el don que tanto anhelaba. Por eso, el banquete en su casa se había presentado como una ocasión providencial. Desenmascarando a los olímpicos, atentando contra su propia divinidad, podría encumbrarse él. La provocación de estos, que lo habían animado a sorprenderlos durante el festín con algo novedoso, había obrado el resto.

Por todo ello, Tántalo, el predilecto de los dioses, el único mortal que había compartido mesa con ellos, se disponía a cometer la atroz impiedad de intentar bestializarlos. Llegado el momento, había decidido, les serviría en su propia casa la carne de su primogénito.

◇◇◇

El día señalado, el cielo amaneció apantallado bajo un espeso mosaico gris. La lluvia no dejó de caer durante toda la jornada, como si las alturas se hubieran empeñado en purificar la tierra. Solo a última hora de la tarde se abrieron las nubes y se hizo legible en la distancia la silueta imponente del Sípilo, oscurecida a medida que el disco anaranjado se hundía tras sus riscos. El olor a tierra mojada impregnaba la atmósfera llenándola de inciertos presagios. Cuando la noche extendió su negro manto, la sensación de inminencia era tal en el palacio engalanado que los corazones parecían ceder bajo el peso de su opresión.

Tántalo impartía las últimas instrucciones al reducido grupo de sirvientes que había elegido cuidadosamente, entre los más fieles y competentes, para atender el banquete. Se había ceñido una elegante diadema de oro para la ocasión. Recluida en otra estancia y alejada del gran salón, Dione

arropaba a sus dos hijos pequeños. No había tenido que insistir mucho Tántalo en que se ausentara aquella noche, tales eran sus desavenencias y tanto perturbaba a la oceánide aquella celebración, de la que no quería ser partícipe. No le había permitido su esposo, sin embargo, llevarse consigo allí también a Pélope, escudándose en la insistencia del muchacho en querer ver a los dioses. Mas el sueño venció a Pélope a su hora acostumbrada, agotado por la excitación de aquella jornada frenética, tal y como había previsto su padre, y el aya lo acostó ya dormido en su cama. La despidió hasta la mañana siguiente el rey, como despidió al resto de sirvientes con la excepción del selecto grupo que había escogido para servir a los dioses.

Fue entonces cuando, aprovechando la soledad de aquel ala y el estruendo que todavía llegaba de las cocinas, Tántalo se llegó al cuarto en el que Pélope dormía. Poseído de una determinación febril y espantosa, avanzó sigiloso, armado con un cuchillo, y le dio rápida muerte en su sueño. Sin detenerse a calibrar el horrendo crimen que acababa de perpetrar, tomó en brazos el cuerpo sin vida de su hijo y, portándolo como si estuviera dormido, lo llevó a otra estancia vacía en la que tenía dispuestos ya, en una mesa alargada, una barreño de gran tamaño y varios cuchillos más. Allí, mientras en cocina se ultimaban los preparativos, acometió, entre lágrimas y gruñidos, la salvaje tarea de desollar y despedazar a Pélope. Cuando hubo finalizado, cerró la puerta con llave y, regresando a sus aposentos, se lavó, frotándose la piel y las manos ensangrentadas con tal violencia que su propia sangre y la de su hijo terminaron por correr mezcladas. Luego se cambió de atuendo y echó al fuego los ropajes

que delataban su crimen. Imbuido del mismo frenesí alucinado, ordenó formar fuera, frente a la entrada, a todo el servicio, incluidos los cocineros, para recibir a los huéspedes. Cuando nadie quedaba ya dentro, acarreó él mismo hasta las cocinas el gran barreño con los restos del tierno infante y los arrojó al interior de un gran caldero de cobre en el que bullía un guiso de carnero. Cuando lo hubo vaciado, lo único que se oía en palacio era el crepitar de las llamas y el crujir de la leña en los fogones. Eso y la respiración jadeante del asesino.

Tántalo salió fuera y aguardó junto al resto. Sus manos temblaban ligeramente. Transcurrido un tiempo, al fin, unas luminarias móviles, semejantes a estelas de gas, se hicieron visibles en el firmamento. Poco a poco, fueron descendiendo hasta el umbral del palacio. Una vez allí, destejiendo la mágica neblina fosforescente que las envolvía, fueron apareciéndose los olímpicos en su forma humana y conducidos con deferencia al salón ricamente adornado, donde aguardaban ya también las viandas y libaciones. Fue Zeus el último en llegar. Y aquel momento inaugural en el que su padre puso pie en su casa y sus miradas se cruzaron fue el único en el que Tántalo se sintió vacilar.

—Magnífico —dijo el amontonador de nubes al adentrarse en el gran salón y rogarle Tántalo que presidiera el banquete. Una vez el dios se hubo recostado sobre los cojines hermosamente bordados de su sitial, el anfitrión hizo una señal a los músicos y, con la música, dio comienzo también el festín.

El olor de la grasa quemada inundó pronto el palacio mientras los sirvientes trinchaban los anchos lomos de vacuno y los disponían sobre las brasas, junto a las brochetas

saladas de carnero y de cerdo, pero también de liebre y otras presas selectas. Circulaban entre los comensales generosas bandejas de frutos secos, castañas asadas, molienda de trigo y tortas de miel, y corría el vino, convenientemente rebajado con agua en una gran crátera de cerámica, mientras un aedo ciego cantaba las hazañas representadas en el flamante tapiz, a mayor gloria de los presentes.

Aguijoneadas su agudeza y su audacia por el vino y por la estampa inaudita que ofrecían los olímpicos festejando en su propio salón, Tántalo se mostraba especialmente ingenioso y locuaz. Los dioses festejaban sus ocurrencias —con la excepción de Deméter, a quien el reciente rapto de su hija, Perséfone, había trastornado profundamente— y aún parecían jalearlo, no sin cierta malicia, mientras las sombras de sus figuras se agigantaban, proyectadas contra los altos muros por la luz de las antorchas.

Tal era el ritmo al que se consumían los platos y se vaciaban las copas, que, entrada ya la noche, uno de los sirvientes que, como el resto, apenas se atrevía siquiera a levantar los ojos del suelo en presencia de tales huéspedes, hizo una seña a Tántalo para rogarle que se acercara un momento.

—Señor —le dijo—, las despensas no tardarán en vaciarse. Tendremos que ir a los establos y sacrificar más animales.

En ese momento, el poderoso vozarrón de Poseidón se hizo audible desde el otro lado de la estancia.

—¡Tántalo! —vociferó—. ¿Qué más nos tienes preparado? Sabrosas como son, no lo negaré, no pretenderás sorprendernos, sin embargo, con estas chucherías, asaz vulgares. Aún tengo apetito. Confío en ti. ¡Agasájanos como es debido! —dijo, levantando su copa y vaciándola de un trago.

—No temas por eso, señor de los mares —respondió el monarca—, que el plato principal está por llegar. ¡Procurad no saciaros antes de tiempo!

Seguidamente, hizo una señal a los músicos para que prosiguieran con renovado brío y salió al corredor acompañado de su sirviente.

—Sacad al punto el guiso de carnero que arde en la gran olla de obre y, a mi señal, servidlo. Aseguraos de que cada comensal recibe su ración —le dijo, y el criado regresó presto a la cocina a cumplir la orden.

Volvía ya al salón Tántalo cuando, en su delirio, creyó descubrir una mancha de sangre en su atuendo, que no era sino grasa. Contrariado por el falso hallazgo, volvió a sus aposentos y tornó a cambiarse de túnica. Cuando regresó de nuevo al banquete con ropas limpias, sintió que todo le daba vueltas. «He bebido demasiado», pensó para sí, incapaz de reconocer aquella humana y vertiginosa sensación a la que creía haberse vuelto inmune.

—Tenemos un anfitrión realmente coqueto —dijo Ares, alzando su copa para recibir su entrada—. ¡Mirad con qué femenil cambio de vestuario nos sorprende! —rieron los dioses y rio Tántalo también, convencido como estaba de que aún reiría más y reiría el último.

El fuego de los pebeteros y las teas se reflejaba en sus pupilas dilatadas y parecía que era en ellas donde ardía realmente, alimentado por su locura y no por la madera o los aceites. Espesas gotas de sudor se deslizaban por su frente mientras reía y brindaba con aquellos a los que creía, en su demencia, estaba a punto de engañar de forma irrevocable. Al poco rato, y a una discreta señal del servicio, Tántalo

dio una palmada y los criados sacaron el gran caldero en el que la carne de Pélope había sido cocinada junto a la de carnero.

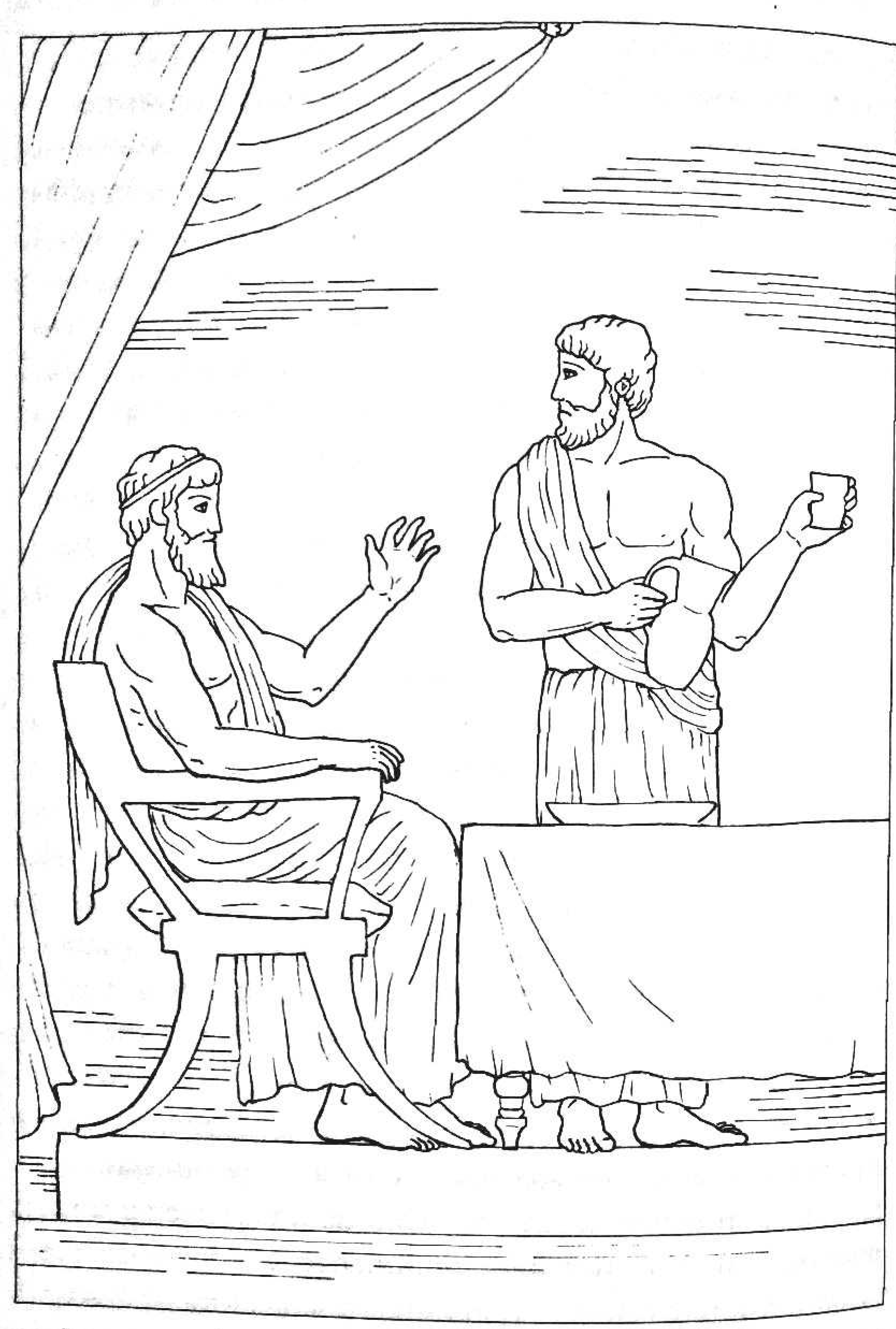
—¡Probad a continuación este exquisito manjar y decidme si en vuestra inmortal vida probasteis alguna vez algo igual! —dijo Tántalo, poniéndose en pie y extendiendo su mano.

Los sirvientes distribuyeron los platos con el tétrico guiso. Pero no más tuvieron el estofado delante los comensales, cesaron de súbito las conversaciones y la algarabía y se endurecieron los rostros. Los olímpicos apartaron el plato al instante, con un gesto unánime de desagrado. Tan solo Deméter, que no había pronunciado palabra en toda la noche y seguía consternada por la desaparición de su hija, se llevó a la boca maquinalmente, sin reparar en ello, una escudilla que contenía una paletilla de carne humana. Tántalo la observaba fijamente, tratando de ignorar lo inequívoco de la reacción general, deseando que prosiguiera comiendo. «Comed, comed, comed...», repetía para sí. La voz atronadora de su padre, erguido en toda su magnificencia terrible, puso fin a su delirio.

—De todas tus afrentas, Tántalo, mortal miserable, esta es sin duda la más ruin y nauseabunda. Será también la definitiva, pues pagando por ella con tu vida, pagarás por todas las demás.

¿De qué hablaba Zeus?, se preguntaba Tántalo sin poder dejar de temblar. ¿No solo había descubierto el engaño sino que era conocedor de sus previas ofensas? ¿Lo eran todos? ¿Habían jugado con él de aquella manera?

—Ocasión se te brindó para redimirte y no has hecho sino persistir en tu ignominia, ahondando en ella hasta límites



La voz atronadora de Zeus puso fin a la nauseabunda afrenta de Tántalo.

aborrecibles. Pero ahora penarás por toda la eternidad en el Tártaro, asesino de tu propio hijo, donde el hambre y la sed te devorarán por siempre sin que puedas saciarlos —las palabas del dios rebotaban contra la dura piedra, golpeando los oídos de Tántalo como un martillo—. Tal será tu suplicio que desearás cada día y cada instante, tú, que tanto anhelabas perder tu vil condición de mortal, morir una segunda muerte que ponga fin a tu sufrimiento. Pero esa no llegará.

Tántalo enterró el rostro entre las manos. En sus uñas aún había restos de sangre reseca que habían escapado al apresurado cepillado. La figura de Zeus apenas sí parecía caber en la estancia. Como si la propia estatura del monarca menguara con su ánimo, otrora desafiante, las siluetas de sus invitados, recortadas contra la luz de las antorchas, se le aparecían ahora descomunales y pavorosas. Sintió la mirada colérica de Atenea, su plato volcado junto a su asiento; contempló el gesto horrorizado de Hermes, en tiempos su mayor valedor, su escudilla igualmente intacta; tembló ante la mueca despectiva de Poseidón, cuyos ojos estaban inyectados de furia. Tragó saliva. Y no pudo ver más. Tan solo un fogonazo violento y cegador que abrasó todo su ser.

◊◊◊

Frío. Lo siguiente que Tántalo creyó volver a sentir cuando recuperó algo semejante a la consciencia fue frío. Un frío punzante que permeaba sus huesos a tal punto que parecían ellos mismos hechos tan solo de hielo. Luego, con un estremecimiento, percibió la humedad y, a medida que el abotargamiento de sus miembros insensibles cedía, se dio cuenta de que estaba sumergido en agua hasta el cuello.

Tendría tiempo, un tiempo infinito, para añorar aquellas sensaciones iniciales, por más desagradables que fueran y, sobre todo, para añorar aquel abotargamiento de los sentidos. Pues pronto comenzaron a devorarlo dos nuevas sensaciones que habrían de crecer hasta límites indecibles, sin dejar espacio apenas en su cuerpo y su mente para nada más, atormentándolo de un modo inhumano. Primero la sed. Luego el hambre. Tal era su intensidad, que le parecía que un par de manos bestiales retorcieran sin piedad su estómago y su garganta.

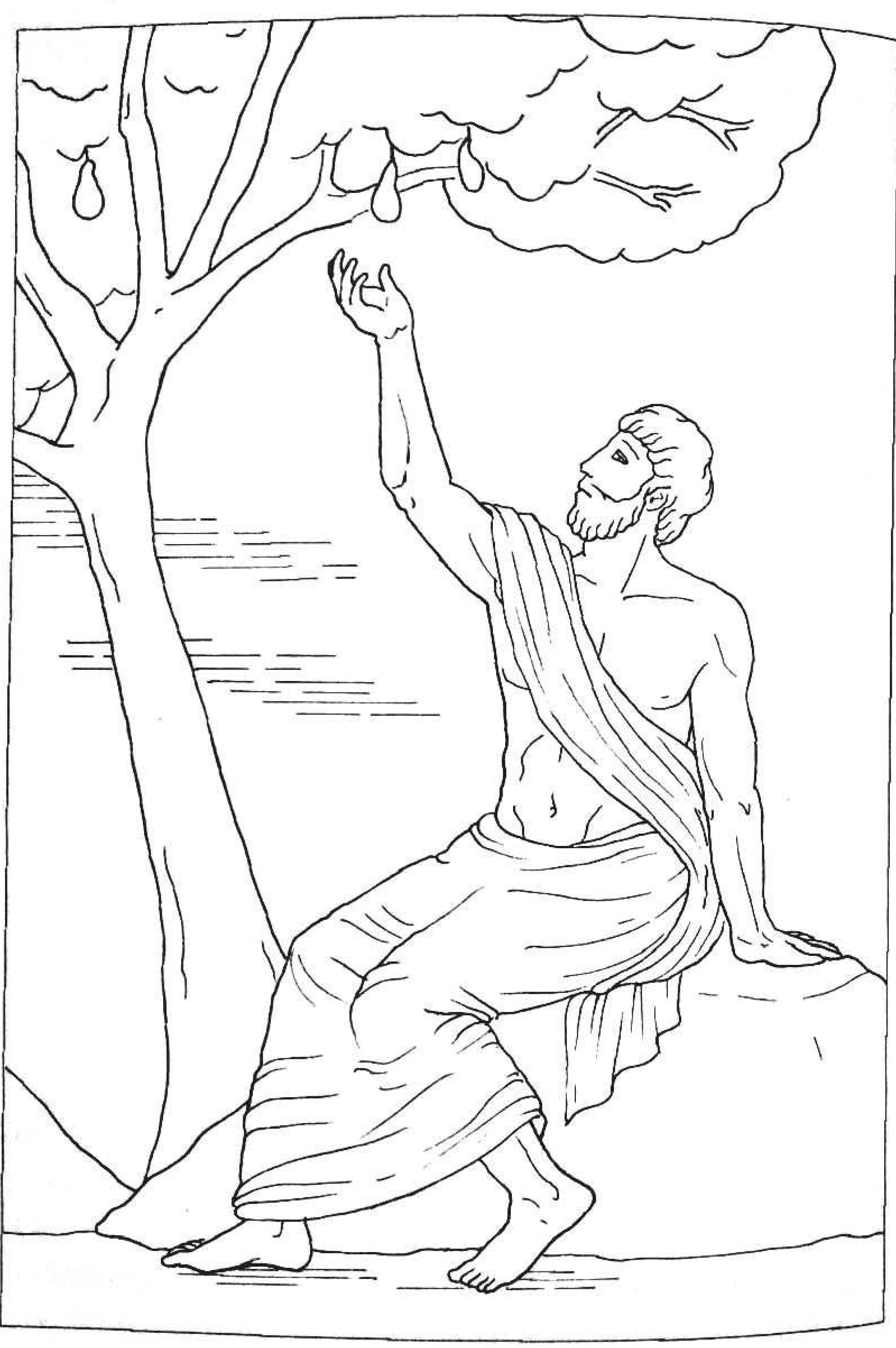
Poco a poco aumentó también su discernimiento del extraño lugar en que se hallaba. Bendijo ingenuamente su suerte al descubrir que eran las aguas claras de un lago aquellas en las que estaba parcialmente sumergido. Casi lloró de alivio al ver que en la orilla de este crecían con una promiscuidad avasalladora árboles frutales de la más variada condición: corpulentos perales y granados, generosos manzanos, olivos bien cuajados, higueras que se doblaban bajo el peso de su sabroso fruto... Con tanta potencia crecía aquel ejército de ramas cargadas, que volaban sobre el lago y se llegaban hasta él, golpeándole algunas la frente con sus frutos.

Mas cual fue su terrible sorpresa cuando, impulsado por aquella sed terrible que lo consumía, agachó la cabeza para acercar sus labios al agua clara y esta retrocedió inmediatamente, descendiendo de nivel. En vano intentó inclinarse para perseguirla. Como si un gigantesco agujero se abriera en el fondo del lago que succionara de súbito su entero caudal, los labios de Tántalo solo alcanzaban a probar el sabor de la tierra amarga y reseca. Las únicas gotas de agua que sus manos lograban alcanzar se deslizaban entre sus dedos, antes

siquiera de que pudiera llevárselos a la boca con un gemido. Desesperado, el condenado se incorporó de nuevo, presto a agarrar los suculentos frutos que pendían sobre él, convencido de que así podría paliar su sed y su hambre virulentas. En vano alzó entonces sus brazos; un viento de origen desconocido comenzó a soplar y elevó al punto las frondosas y copiosas ramas hacia los cielos, poniéndolas fuera de su alcance. Quiso entonces Tántalo no haber levantado la vista jamás en pos de aquellas, pues al verlas ascender cruelmente, vio también algo que heló aún más su corazón. Al borde del lago se asomaba por una de sus caras lo que parecía ser una estribación montañosa, en cuya misma ladera distinguió una gigantesca roca que, desengastada de la maciza pared, oscilaba al borde del abismo, a punto de desprenderse y de caer sobre su cabeza.

El pavor de Tántalo era indescriptible. Movido por una necesidad acuciante que no atendía a razones, varias veces repitió ambas operaciones, agachándose y alzándose con pareja suerte. Cada vez que, presa de la frustración y el desaliento, regresaba a su punzante inmovilidad, las claras aguas volvían a subir hasta su mismo mentón, violentando más si cabe su sed con la promesa falsa y cruel de saciarla. Otro tanto sucedía con las ramas de los árboles y su obsceno surtido de frutos. Y, por encima de todo ello, estaba aquella gigantesca roca que parecía destinada a aplastarlo de un momento a otro, cuando la voluntad de quien así lo había condenado lo decidiera.

Gritó Tántalo y lloró, de pura desesperación, hasta que se extinguieron su voz y sus lágrimas. Antes de agotarse suplicó clemencia al vacío y maldijo su impiedad, su orgullo y



El viento impedía que Tántalo alcanzara los suculentos frutos del árbol.

su terrible crimen. Clamó a su padre. Llamó enloquecido a Pélope pidiendo perdón. A Dione. De nada sirvió. Todo en él parecía estar condenado a extinguirse sin remisión, todo excepto aquella sed y aquella hambre descarnadas, junto con el temor constante a perecer aplastado. Hasta que llegó a desear con todas sus fuerzas que aquella roca cayera sobre él, pues terminó por anhelar una nueva muerte con tanta desesperación como anhelaba aplacar su sed y su hambre. Pero hasta la muerte se sustraía a su cruel destino como otra promesa mordaz.

Así penaba para toda la eternidad, pereciendo a cada instante por querer inútilmente hacerlo para siempre, quien en un tiempo codició la inmortalidad y osó desafiar a los mismos dioses.

4

El hombro de marfil

Era parte de la condena de Tántalo también el no poder volver a saber nada de los suyos, a los que de forma tan infame había agredido, y el que su remordimiento infinito no pudiera albergar esperanza de encontrar redención alguna. Así, nunca conoció el fantástico destino de su hijo Pélope, el que con sus propias manos desollara y despedazara, antes de mandar guisarlo, aquella noche fatal. Pues quiso Zeus, en un acto de piedad, remedar en parte el bárbaro acto de su hijo y devolver la vida a su nieto asesinado. Para ello, mandó restituir cada uno de los pedazos de su cuerpo a la misma olla donde habían sido cocinados y ordenó después portarla al Olimpo. Allí solicitó la intercesión de la moira Cloto, la que hila la hebra de la vida con un huso y una rueca, pues solo a las ancianas moiras compete determinar durante cuánto tiempo fluye el curso de la vida y, en muy singulares ocasiones, revertirlo para escapar de las garras de la muerte.

Accedió a su petición Cloto, quien llegó al palacio olímpico precedida de un hálito gélido, que parecía soplar desde el mismo Hades.

—Haz lo que debas —la conminó Zeus, y la moira dispuso entonces todo lo necesario para obrar el prodigio.

Cuando comenzaba a avivar la lumbre del fuego para operar la mágica cocción que resucitara al muchacho en el mismo caldero en el que fue hervido, Deméter irrumpió en la gran sala.

—Aguarda —dijo la diosa y, con paso presuroso, se llegó hasta la gran chimenea.

Una vez allí, desenvolvió cuidadosamente el paño que portaba consigo, descubriendo una pieza de pulido marfil que semejaba un hueso humano y que entregó a la moira. Turbada y apesadumbrada por su distracción la noche del banquete, en el que ella había sido la única de entre todas las deidades en probar el hórrido guiso, Deméter se había apresurado nada más retornar al Olimpo a encargar a Hefesto la factura de un omóplato que sustituyera el que ella había ingerido tan torpemente.

—No será tarea ardua —la había tranquilizado el dios de la fragua—. El marfil irá bien.

Cloto tomó la pieza en sus manos y miró a Deméter.

—Le falta un hombro —dijo la diosa, bajando los ojos—. Te ruego que se lo restituyas también si es posible.

La moira asintió y arrojó la pieza al caldero, junto a los restos de Pélope. Después rogó a los presentes que abandonaran la estancia y, durante varias horas, ofició su misterio, a cuyos secretos hasta los mismos olímpicos eran ajenos. Cuando hubo concluido, invitó a estos a entrar nuevamente. La

lumbre ya no ardía, si bien en la atmósfera y a ras del suelo se percibía todavía el rastro de unos vapores ferruginosos. Sobre las ascuas humeantes, el caldero de cobre oscilaba levemente.

Cloto miró a Zeus y, a un gesto afirmativo de este, extendió la palma derecha de su mano y la elevó lentamente en el aire. Obedeciendo el imperativo de aquel movimiento, como si un hilo invisible tirara de ella, la figura recompuesta del joven Pélope fue haciéndose visible a medida que se erguía en el interior del continente cobrizo. Los dioses asistían a aquella resurrección con un respeto desusado en ellos. También con asombro, pues la moira no solo había obrado el milagro de reconstituir a Pélope y devolverle la vida: el muchacho era ahora aún más hermoso si cabía; sus proporciones, admirables. En ningún punto revelaba cicatriz alguna la muerte ignominiosa que le habían dado y el trato brutal al que había sido sometido su cadáver. Tan solo su refulgente hombro de marfil, perfectamente acoplado, atestiguaba el negro episodio, y hasta ese detalle parecía contribuir a realzar su recobrada belleza.

Sonrió Zeus, complacido, y escudriñaron los olímpicos con curiosidad al efebo redivivo. Lo observaba con especial intriga Hermes, uno de los pocos acostumbrados a regresar con vida del inframundo, y a quien aquel truco supremo lo tenía por demás fascinado. La propia Deméter sintió alivio al contemplarlo, viendo paliada de aquel modo su falta. Pero de entre todas las miradas divinas, era la más intensa la de Poseidón, en quien el asombro había encontrado en el deseo un serio competidor. Al verlo surgir del caldero, había quedado embelesado por la belleza del joven Pélope. Encendido, decidió al punto que debía ser suyo y que aquel

mismo día lo llevaría consigo a su morada olímpica. Nadie pudo oponerse a sus deseos cuando, al recobrar también la conciencia y girarse lentamente, el joven príncipe dedicó al dios de azulados cabellos su primera sonrisa.

◇◇◇

La jornada había amanecido tan luminosa que el azul insondable del mar y el etéreo del cielo competían en intensidad. Cada vez que los cascos del tiro o las ruedas del portentoso carro rozaban la superficie marina, lisa aquella mañana y mansa a los dictados de su señor, se levantaba un reguero de blanca espuma que, atravesada por el sol, creaba mil iridiscencias a su paso.

—¡Frena! —gritó Poseidón desde la roca donde supervisaba las maniobras del aprendiz—. ¿Cómo has dispuesto el tiro? Debes colocar el caballo más lento en el interior para que ralentice ligeramente al resto en las curvas y compense el conjunto.

—¿Al más lento? —respondió incrédulo Pélope sin soltar las riendas—. ¡Querrás decir más bien al menos rápido!

El dios rio de buena gana e hizo un gesto a Pélope para que reanudara su práctica. Después, desde la distancia, contempló arrobado su figura atlética y empapada, brillante bajo el sol pletórico. El hombro de marfil emitía destellos con cada ágil movimiento, mientras los delfines saludaban con cabriolas cada uno de los progresos del joven conductor. La belleza y la prestancia del muchacho, ya hecho un hombre, no habían dejado de aumentar desde el día en que, regresado a la vida, Poseidón lo había tomado a su servicio. Había desempeñado desde entonces la función de copero, aplicándose con celo y esmero a su tarea, pero la predilec-

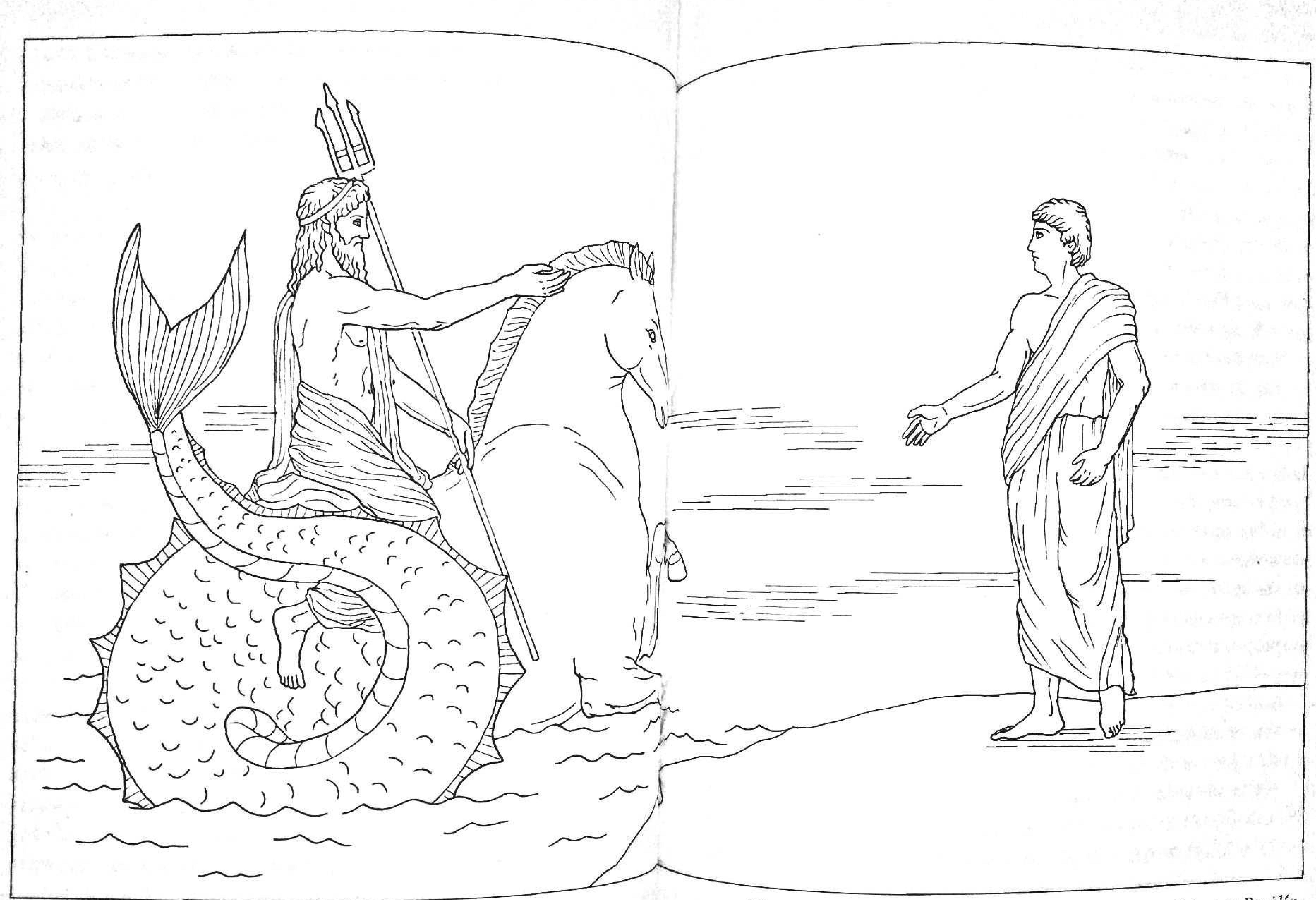
ción que el dios sentía por él lo había llevado pronto a adiestrarlo y a ejercitarlo también en muchas otras habilidades. La de auriga era una de ellas. El tierno príncipe había demostrado, además, desde el principio, poseer notables cualidades naturales y aprendía rápido cuanto se le enseñaba, para gran satisfacción de su mentor.

—¡Ahora, sí! —vociferó el dios desde su atalaya natural mientras el carro describía un círculo perfecto sobre las aguas y Pélope acompañaba la maniobra con un aullido de triunfo.

Se daba cuenta también Poseidón, sin embargo, no sin cierta melancolía, de hasta qué punto aquel mortal, que tanto había encendido su pasión en un inicio, había ido despertando en él con el tiempo afectos más profundos que el deseo, y a los que el Sacudidor de la tierra no estaba tan habituado. Lo desconcertaba últimamente la intensidad que por momentos cobraban aquellas sensaciones y empezaba a inquietarle la vulnerabilidad o la debilidad que podían llevar aparejadas. Y tanto o más que eso, le preocupaba también no ser el único que reparara en ello. Que Zeus lo hubiera citado aquella tarde en su palacio no podía significar ninguna otra cosa.

◇◇◇

Tras los ejercicios matinales, dejó el dios de los mares que también guiara Pélope el carro mientras ambos ascendían a las alturas olímpicas y, una vez allí, le ordenó que aguardara su regreso en palacio. Se adentró él en el de su hermano, la mayor de todas las mansiones olímpicas, y se dirigió directamente a la sala donde esperaba encontrarlo, sin aguardar a ser anunciado. Allí esperaba, en efecto, el soberano, que lo saludó con deferencia al verlo aparecer.



Pélope había ido despertando sentimientos más profundos que el deseo en Poseidón.

—Tal vez hayas anticipado de qué deseo hablarte —dijo Zeus, mientras con un gesto conminaba a Poseidón a dejar su tridente y a caminar junto a él.

—Tal vez —respondió el de azulados cabellos, secundando la sugerencia y situándose a su lado.

—El hijo de Tántalo —prosiguió Zeus—, el mortal que tomaste a tu servicio… —El soberano hizo una larga pausa durante la que ambos dioses no despegaron la vista del suelo—. Puede que haya llegado la hora de que regrese al mundo. Al suyo, al lugar al que pertenece.

Poseidón acogió el mandato, apenas velado, en silencio, y asintió mientras seguían caminando. Un leve temblor en las aletas de su nariz desmentía, sin embargo, su aparente calma. No por previsible lo hería menos el comentario de su hermano. Lo hacía, además, por partida doble, en su afecto y en su orgullo.

—No seré yo quien vaya a prevenirte ahora contra los mortales o a condenar que frecuentemos, de vez en cuando, su compañía —continuó Zeus—. Pero sí contra la prolongación excesiva de esa compañía y contra el estrechamiento impropio de esos vínculos. Temo, como creo que tú mismo sospechas, que estés tomándole demasiado apego.

Ambos dioses, señores de dos terceras partes del universo, permanecieron un rato en silencio. Después, el más poderoso de ellos continuó su exposición:

—Por un lado, sabes tan bien como yo que ese vínculo es a la fuerza caduco, como lo es todo lo que toca a los mortales. Por otro, no es adecuado tampoco que un mortal pase tanto tiempo en el Olimpo. El funesto ejemplo de su padre y cómo lo trastornó la familiaridad excesiva que

trabó con todo aquello que lo superaba debería bastarnos como advertencia. No permitamos que termine por seguir sus pasos.

Callaba Poseidón. Por más que le dolieran, no había nada en aquellas palabras que en el fondo no compartiera. Que pudieran perturbarle constituía, de hecho, una señal inequívoca de su pertinencia. No podía ocultarse a sí mismo tampoco que en los últimos tiempos su copero había dado alguna que otra muestra de aquella familiaridad perniciosa de la que hablaba Zeus y que en su carácter comenzaban a asomar también trazas del orgullo que perdió a su padre.

—Está, finalmente, la cuestión de su destino —concluyó el soberano—. Por más terrible que fuera el crimen de su padre, de quien él fue al fin y al cabo la víctima, como hijo de reyes, el muchacho está también llamado a reinar. Y de nuevo, sabes tan bien como yo que alberga ese deseo. Quizá haya llegado la hora de permitirle que lo cumpla. ¿No lo crees así? —Zeus detuvo su marcha y miró a su hermano.

Poseidón inspiró profundamente un par de veces, sin rehuir los ojos del soberano ni el interrogante que portaban. Sentía deseos de regresar cuanto antes al océano. Aun teniendo residencia allí también, las frías alturas del Olimpo lo incomodaban a veces.

—Dices bien —respondió al fin—. Ha llegado, en efecto, la hora.

◇◇◇

Poseidón sujetaba la copa con aire abstraído mientras Pélope la rellenaba. Cuando este iba retirarse, lo retuvo, tomándolo del brazo.

—No te retires. Siéntate, quiero hablarte —le dijo, señalándole el asiento que estaba frente al suyo.

Observó el dios cómo el mortal, algo desconcertado, apoyaba la jarra y tomaba asiento. Antes de hablar, le vino a la mente otra conversación complicada, la que había sostenido con él al poco de tomarlo a su servicio, la temprana noche en la que había tenido que explicarle cuál había sido su suerte y por qué se encontraba allí. El entonces muchacho se había tapado los oídos, aterrado por la historia de su propio final. Durante varios días no pudo dejar de llorar y no quiso probar bocado, hasta el punto en que Poseidón temió que perdiera de nuevo la vida que tan graciosamente le había sido devuelta. Sin embargo, una mañana el llanto cesó. Pélope devoró cuanto encontró en la despensa y, presentándose ante él, preguntó en qué podía servirle. En sus ojos brillaba una determinación feroz. Jamás volvió a verter lágrima alguna. Jamás permitió que volviera a hacerse mención a la historia de su padre en su presencia. Desde aquel día, se aplicó con celo a cada una de las tareas que le eran asignadas y se convirtió en fuente de satisfacciones y deleites para el dios de las aguas, quien se aficionó tanto a su compañía que comenzó a disfrutar de ella también en su palacio submarino. Aquellos días, sin embargo, habían terminado. Trató de convencerse Poseidón de que era para bien. O de que poco importaba si lo era o no.

—Me has servido bien, Pélope, durante años —dijo el dios, mientras el tantálida escuchaba en silencio, visiblemente nervioso ante lo que, intuía ya, era una conversación determinante—. Durante este tiempo, no solo me he ocupado de tu sustento; también he procurado transmitirte y enseñarte todo aquello que corresponde a tu noble condición, con la esperanza de que te fuera útil en un futuro. —Poseidón hizo una pausa para apurar el contenido de la copa y dejarla a un lado.

Pélope hizo ademán de incorporarse para recogerla pero el dios le hizo un gesto para que permaneciera en su sitio.

—Ese futuro ha llegado ya.

Los ojos del príncipe se abrieron. El respeto y el afecto que sentía por el dios le imponían absoluta contención, pero sus palabras habían prendido en su interior como una mecha. Desde hacía muchas jornadas era él quien había tratado de reunir el valor necesario para plantear aquella conversación. Su vida en el Olimpo no le desagradaba. Tenía cuanto necesitaba y estaba a salvo de carestías y penurias. En verdad le honraba el trato con los olímpicos y con otras criaturas inmortales, y estaba sinceramente agradecido a Poseidón, quien le había tratado bien y enseñado gran parte de lo que sabía. Pero también era cierto que no pertenecía del todo a aquel mundo —como en ocasiones se complacían en hacerle notar, con mayor o menor condescendencia, quienes sí lo hacían— y que nunca lo haría.

Por otra parte, sabía que no estaba hecho para servir. Y algo en el vigor que recorría como una descarga su cuerpo recompuesto y lozano lo empujaba a regresar al mundo, junto a los suyos, los mortales, y a imperar, ejerciendo el derecho que por nacimiento le correspondía. Por eso estaba siempre atento a cuantas noticias llegaban desde abajo y pendiente del curso de los acontecimientos humanos, con la esperanza de que llegara el día en que él pudiera hacerse justo hueco entre ellos. Por todo ello, las palabras de Poseidón,

que tan venturosamente se anticipaban a las suyas, no podían procurarle mayor gozo. Le costó aun así alzar la cabeza y devolver la mirada al dios, para quien, Pélope lo sabía, aquel momento resultaba menos grato. Que ambos lo supieran era, de hecho, lo que le tornaba especialmente delicado.

—Agradezco, señor, tu generosidad conmigo durante todo este tiempo —dijo Pélope—. Es mucho lo que te debo. Pero agradezco aún más la gracia que me concedes al poner de nuevo mi futuro en mis manos. Espero saber honrar tu decisión y no defraudarte.

—Sé que sabrás estar a la altura. Pero dime, príncipe sin reino —continuó, no sin cierta sorna, Poseidón—, ¿qué planeas hacer con ese futuro intacto que te ha sido devuelto? No te aconsejo que regreses a la que fuera tu tierra, pues ya nadie de tu familia queda allí, ni tu madre ni tus hermanos, a los que el destino separó también hace tiempo. Las tierras que fueran de tu padre las gobiernan hoy otros que no verían con buenos ojos tu regreso. Pero vasto y anchuroso es el mundo y otras plazas más hospitalarias podrás encontrar antes de concitar apoyos y reclamar tu trono, si eso es lo que deseas.

Pélope calló largo rato. Sabía del funesto destino del que había sido el reino de su padre. Nada lo impulsaba a regresar allí de momento, ni tampoco a reunirse con los restos de su familia. Hacía tiempo ya que había decidido forjarse su propio destino y sentía que a nadie que no fueran los dioses debía la vida que había recobrado. Y sí, albergaba un plan. Sabía adónde quería dirigirse para probar fortuna y hacer valer su estirpe y redimirla, por muy maldita que esta fuera. Lo único que le hacía vacilar a la hora de expresarlo era el temor de que la sola existencia de ese proyecto en su mente

pudiera ser interpretada por el dios como una deslealtad o una falta de gratitud. Pero finalmente reunió las fuerzas para hacerlo.

—No deseo volver a las tierras del Sípilo. Hace tiempo que Lidia dejó de ser mi hogar —dijo, y bajó los ojos antes de continuar—: He oído, sin embargo, que hay en la Élide, en la ciudad de Pisa, una princesa de cuya belleza todos hablan, Hipodamía, la hija del rey Enómao, y que su padre ha prometido otorgar su mano a quien logre derrotarlo en una carrera de carros. Allí deseo encaminar mis pasos para probar fortuna —concluyó, alzando de nuevo la mirada.

Sonrió Poseidón al ver la determinación que brillaba en los ojos de Pélope, por más que otras emociones se esforzaran dentro del joven por disimularla.

—Estás en lo cierto —replicó el dios—, pero ¿sabes también cuál es la contrapartida del reto y a qué te expones si no derrotas al rey Enómao?

—A que me dé muerte con su lanza. Lo sé —respondió Pélope sin vacilar.

—Y no son pocos, tengo entendido, los pretendientes que, adelantándosete, ya han caído abatidos por aquel. Sabe que los caballos con los que corre son un regalo del mismo Ares, y también las armas que blande.

—Poco importa —respondió de nuevo Pélope, con tal firmeza que Poseidón no supo desentrañar si conocía o no también aquella información—. Para quienes morir es su destino, pues ya nadie volverá a arrancarme de las garras de la muerte una segunda vez, de nada vale consumirse en la oscuridad hasta la vejez, sin tener oportunidad de dar lustre al propio nombre, aunque eso conlleve arriesgarlo todo.

Tal era la juvenil vehemencia de Pélope, que se había incorporado de su asiento al pronunciar aquellas últimas palabras, casi sin percatarse. Avergonzado por aquel arrebato, volvió a fijar la mirada en el suelo. Se disponía a sentarse de nuevo cuando notó la mano de Poseidón sobre su hombro. Al alzar esta vez los ojos, casi se topó con la bruñida copa que este, erguido, sostenía frente a él. La misma que el mismo dios había rellenado y con la que le invitaba a brindar.

◇◇◇

La noche anterior a su partida, Pélope, insomne, paseaba junto a la orilla del mar. Le conmovía en aquella hora la visión de aquella masa oscura y temible —por mucho que se deshiciera entonces mansamente en la orilla con un rumor suave y melancólico—, con la que tanta familiaridad había trabado sirviendo a su señor, y al otro lado de la cual lo aguardaba un futuro incierto pero propio. Se agachó para palpar la negra arena y se tumbó luego de espaldas sobre ella. Por un instante, creyó que las estrellas se movían levemente en el firmamento, mecidas ellas también por la lenta cadencia del oleaje. Se había acostumbrado a las alturas del Olimpo y las luminarias se le antojaron más distantes que de costumbre. Cerró los ojos. Sus pensamientos y las emociones que en él suscitaban parecieron someterse de igual modo a la fluctuación de la marea. No lo desagradaba empero aquella sensación nueva, tan frágil como poderosa, en la que el desamparo y la libertad se alternaban sin tregua como las dos caras de una misma moneda. Volvió a fijar la mirada en el horizonte lóbrego e ignoto al que pondría rumbo en pocas horas. Un escalofrío recorrió su espalda al recordar las advertencias de Poseidón

sobre los peligros a los que iba a enfrentarse. Después sonrió para sí, pensando que era precisamente ahora, al descender de las gélidas cumbres, cuando sentía aquello que los hombres llamaban vértigo.

Aunque no lo arredraba el reto, en las últimas horas sí se había visto obligado a reconocerse a sí mismo que tal vez no estuviese en las mejores condiciones para enfrentarlo. Ya cuando el dios lo había conminado a brindar con él por el triunfo de su empresa había estado a punto de rogarle su asistencia. Pero el respeto, la falta de coraje o, más probablemente, un exceso de orgullo, le habían impedido finalmente animarse a hacerlo. Ahora, sin embargo, ante la inminencia de la partida, y no teniendo que enfrentar la imponente presencia del dios, tan entristecido por su marcha, Pélope se decidió a solicitar su ayuda. Se incorporó y se acercó al altar que había improvisado allí mismo, en la costa, a tal efecto. Acercando una tea, prendió la lumbre sobre la que ardieron las vísceras y ofició el sacrificio.

—Señor de los mares y Sacudidor de la tierra —dijo, alzando los brazos y fijando su mirada en el océano—, acepta esta ofrenda y ten a bien concederme tu gracia en la empresa que voy a acometer. Intercede, te lo ruego, para que el destino me sea propicio y venza a Enómao. Hazlo por la veneración que te profeso y también por los dulces dones de Afrodita que juntos hemos compartido.

Comió después un pedazo de carne y, finalizado el rito, se recostó contra un montículo a esperar el alba. Estaba a punto de vencerle el sueño cuando una brisa le acarició el rostro y le pareció escuchar cómo las aguas se encrespaban ligeramente, batiendo con más fuerza la orilla. Abrió los ojos y creyó intuir,

en la oscuridad, una forma que emergía lentamente del mar. No dando crédito a sus ojos cansados, se puso en pie y se acercó corriendo de nuevo hasta la playa. Lo que vio al llegar allí lo dejó sin habla. Frente a él, surgido del propio océano y emitiendo azulados destellos bajo la pálida luz de la luna, le aguardaba un formidable carro tirado por magníficos caballos alados. Las bestias agitaron su majestuosa crin para sacudirse el agua que, abrillantando su piel, realzaba aún más la potencia de su musculatura. Pélope cayó de rodillas sobre la arena. Su corazón palpitaba de gozo. La respuesta del dios no se había hecho esperar. Acarició uno a uno a los animales, que respondieron doblegando su esbelto cuello, sumisos a su mano. Después repasó cada detalle del vehículo, en cuya factura prodigiosa se revelaba la mano inigualable de Hefesto.

Aún contemplaba extasiado Pélope el regalo de Poseidón, cuando el horizonte empezó a clarear. El viajero cogió su escueto equipaje y subió al carro. Los rosados dedos de la aurora teñían ya el cielo y con ella se desperezaba poco a poco también el mar. El príncipe tomó las riendas en sus manos y jaleó a las monturas. Tras dejar un largo surco en la arena mojada y virgen, la cuadriga se elevó por encima de ella y de las aguas, rumbo a la Élide. Una carcajada de pura emoción escapó de la garganta del auriga. Como en tiempos había espiado alguna vez a su padre galopando hacia el ocaso, galopaba ahora él por los aires en pos del amanecer y de su destino. Pero si entonces Tántalo cabalgara el éter para alcanzar la morada de los dioses, Pélope lo hacía ahora para dejar aquella por siempre atrás y retornar al mundo de los hombres.



5

La carrera

Tal fue la velocidad a la que el auriga recorrió la distancia que lo separaba de Pisa, que el viaje se le antojó como un sueño. Se sorprendió Pélope cuando, tras unas lomas, discernió el perímetro amurallado de la ciudad. Tomando tierra y refrenando sus caballos, se aproximó a la puerta principal. Un grupo de labriegos araban los campos circundantes y el de mayor edad se acercó a él, con una gran curiosidad, espoleada por el deslumbrante vehículo.

—Sé bienvenido, extranjero —le dijo—. Sin duda acudes a Pisa a competir con Enómao por la mano de su hija.

—Así es —respondió Pélope, quien observó cómo desde la torre de vigilancia habían advertido ya también su presencia.

—Agallas no te faltan. Que los dioses te acompañen. Aunque ya deben, sin duda, hacerlo de algún modo —añadió, señalando los magníficos caballos—. Jamás vi animales semejantes en mi larga vida. ¿De dónde procedes?

Vaciló un instante el príncipe sin reino antes de responder.

—De las tierras del Sípilo, más allá del mar oriental —dijo finalmente—. ¿De dónde venían los que me precedieron? ¿Son muchos?

—Doce pretendientes de toda la Hélade han caído atravesados por la lanza de Enómao antes que tú —respondió el anciano al mismo tiempo que señalaba un tosco túmulo, más semejante a un montículo de arena removida que a una tumba, en las inmediaciones de la muralla—. Allí yacen todos.

Apretó la mandíbula Pélope ante la visión de la innoble sepultura y, no queriendo demorarse más, se despidió del campesino con un gesto de cabeza y se adentró en la ciudad. No tardó en formarse un cortejo a sus flancos y a su espalda, pues toda Pisa quiso asomarse a la vía principal para admirar la prodigiosa cuadriga en la que llegaba el decimotercer aspirante a su trono. Fue el regalo de Poseidón también el mejor valedor de su noble condición cuando, dejada atrás la muchedumbre y escoltado por los guardias, fue conducido a palacio. Enómao lo recibió sentado en el trono. A pesar de que su complexión hacía adivinar el guerrero temible que tuvo que ser en su juventud, a Pélope se le antojó demasiado viejo para competir. Pronto reparó en que aquella debía haber sido también la primera impresión que causara a cuantos cadáveres ocupaban ahora la fosa que había visto.

—Sé pues bienvenido, lidio —dijo el monarca una vez Pélope se hubo presentado—. Esta noche serás mi huésped y banquetearemos juntos. Mañana, sin embargo, seremos rivales y mediremos nuestras fuerzas. Y tendremos ocasión de comprobar si tu candidatura es tan sólida como parece —añadió Enómao, señalando el carro estacionado en el patio.

Agradeció Pélope la hospitalidad de su anfitrión y se retiró a descansar a los aposentos a los que un criado le condujo. Al cruzar un patio interior, creyó que unos ojos lo observaban desde arriba. Cuando alzó los suyos apenas tuvo tiempo de verlos y de escuchar el rumor de la seda del atuendo que los siguió apresuradamente, ocultándose tras una puerta.

◊◊◊

No tardaría Pélope en conocer a la dueña de aquellos ojos esquivos. Cuando, caída la noche, dio comienzo el festín, Hipodamía ocupó la diestra de su padre y el hijo de Tántalo quedó arrobado al certificar su apabullante hermosura. Los ecos de su fama habían llegado al mismo Olimpo, pero lo que ahora contemplaba superaba ciertamente cuanto había oído. Su delicada figura se antojaba una aparición irreal entre el resto de comensales y su mirada, de una intensidad casi desconcertante, parecía imbuida también de una profunda melancolía. Tan hipnotizado había quedado por la presencia de Hipodamía que, cuando su padre habló con voz estentórea, Pélope estuvo a punto de tirar su copa.

—He aquí a mi hija —dijo Enómao—, cuya mano has pedido y que solo obtendrás si me derrotas mañana. Las reglas son sencillas, extranjero. La subirás contigo a tu flamante carro y pondrás rumbo al istmo de Corinto mientras yo honro a Zeus con un sacrificio. Después saldré en vuestra persecución junto a mi auriga Mírtilo. Si logras alcanzar esa lengua de tierra antes de que yo te dé alcance, tuya será la mano de mi hija y tuyo el trono de la Pisátide. Si, por el contrario, pierden tus caballos la ventaja que los míos les

habrán otorgado, tendré licencia para arrojarte mi lanza en el mismo instante en que te dé caza. ¡Que los dioses honren al vencedor!

Brindaron todos los presentes y brindó Pélope con ellos también. Lo reconfortaba saber que, con independencia del resultado, podría al menos disfrutar de la sola compañía de Hipodamía durante el transcurso de la carrera. No tardó, sin embargo, en colegir que aquello, probablemente, no era sino una de las argucias de Enómao para distraer la atención de sus competidores. Pues ¿qué mortal podría sustraerse al hechizo que ejercía una criatura así? Al verla, casi comprendió la reticencia fantástica de su padre a desprenderse de ella. Recordó entonces también algunas maledicencias que había oído al respecto. Luego, la visión de las viandas en obscena abundancia, el violento entrechocar de las copas y los cánticos extranjeros que acompañaban el festejo lo sumieron en un humor sombrío. ¿Sería de nuevo un banquete la antesala de su muerte, esta vez definitiva? Un temblor recorrió sus miembros y miró de soslayo a su anfitrión. La seguridad que Enómao mostraba en sí mismo era irritante. Apartando de sí el vino, se encomendó en silencio a Poseidón.

Presa de aquellas tribulaciones, Pélope no se percataba de hasta qué punto era recíproco el efecto que en él había causado Hipodamía. La princesa, que por haberlo visto antes cuando espiaba su llegada, supo disimular mejor sus emociones al ser presentados, había quedado igualmente prendada del hijo de Tántalo. Como sucediera en su día a Poseidón, había admirado de inmediato su apostura y sus proporciones perfectas, pero también la indómita determinación que parecía alimentar el brillo de sus ojos. Sentía Hipodamía, de un

modo que no lograba explicar, que había conocido a quien debía desposarla y liberarla del cautiverio apenas velado al que su padre la tenía sometida.

Leal como era a su linaje, no podía empero seguir soportando su condición de trofeo maldito y letal. La visitaban cada noche los fantasmas de los que, habiéndola pretendido como ahora Pélope, habían perecido a su lado, asesinados por su padre, uno tras otro, en la terrible carrera. Mas sabía que Enómao nunca la dejaría partir de su lado por propia voluntad, ciego como permanecía al daño que infligía a quien más decía amar. No, se había dicho Hipodamía, no habrá más muertes por mi causa, no conocerán mis ojos más pretendientes destinados a pudrirse en la fosa donde yacen ya tantos. Miró de nuevo al caviloso príncipe y esbozó una sonrisa. Como su carro y sus caballos, le parecía el propio Pélope un regalo de los dioses. Pero para llevar a buen término aquel proyecto, para garantizar su feliz resolución, habría que mover los resortes adecuados. Creía Hipodamía saber bien cuáles eran.

◊◊◊

Mírtilo retrocedió un paso y, apoyándose contra la pared, giró la cabeza a ambos lados para comprobar que no había nadie más en el corredor en el que la princesa lo había abordado inesperadamente. Después posó sus ojos en la mano con la que ella sujetaba su brazo, en un gesto tan insólito como la petición que acababa de formularle. Hipodamía lo soltó inmediatamente al percatarse de lo impropio de aquella familiaridad, pero todo en ella seguía apremiándolo a darle a una respuesta. El enjuto auriga era tan famoso por su

destreza en la conducción como por sus males artes. El ingenio que había heredado de su padre, Hermes, se malograba con frecuencia al servicio de propósitos torticeros y oscuros. Acorralado por la princesa —quien, como casi todos, lo superaba en altura—, Mírtilo parecía, sin embargo, paladear aquel instante con gran regocijo.

—¿Qué ofreces a cambio? —respondió finalmente.

Hipodamía tragó saliva y su rostro se tensó bajo la luz crepitante de las teas. Sabía bien hasta qué punto el innoble Mírtilo la deseaba, era difícil no percatarse de ello. Y no le iba a la zaga a su padre en la fruición con la que lo ayudaba a desbaratar pretendiente tras pretendiente. Eran Enómao y Mírtilo los guardianes de la jaula dorada en la que Hipodamía se sentía vivir. Necesitaba la complicidad de este último para garantizar su liberación, pues juntos, su padre y él habían probado repetidas veces ser invencibles. Pero sabía también que Mírtilo se encargaría de poner un precio muy alto a su traición. ¿Estaba dispuesta a pagarlo?

—Me pides que traicione a tu padre en la carrera de mañana para que el lidio resulte vencedor —continuó Mírtilo—, ¿y qué obtengo yo por arriesgar así mi vida y todo cuanto tengo?

—La mitad del reino una vez ocupe yo el trono de mi padre —respondió Hipodamía, quien pensaba que, llegado el momento, no les resultaría difícil a ella y a Pélope ganar de nuevo aquella mitad así empeñada.

Abrió los ojos Mírtilo, a quien sorprendió la generosidad de la oferta. Su rostro no tardó en recuperar un rictus desafiante y ladino.

—Temo, princesa —dijo—, que no sea suficiente.

—Nadie de tu condición aspiró jamás a tanto. ¿Qué más pides? —respondió irritada Hipodamía, sabiendo de la deriva inevitable que había de tomar la conversación.

—¿Acaso tengo que decirlo? —respondió Mírtilo, y esta vez fue él quien, adelantándose de nuevo un paso, asió el brazo de Hipodamía.

La princesa se liberó con un gesto brusco y apartó la mirada de los ojos lascivos que ya la recorrían. Cuánto lo disgustaba aquel hombre cenceño y lujurioso. Y hasta qué punto era el destino cruel con ella haciéndola depender de su complicidad.

—Sea —dijo—. Pero será tan solo por una vez. Y jamás volverás a presentarte ante mí.

—No cualquier vez —respondió aún el auriga, inflamado de deseo—. Habrá de ser la primera, la primera noche.

Hipodamía apretó la mandíbula e, incapaz de articular un sí de palabra, asintió con la cabeza.

—¿Tengo tu palabra? —insistió Mírtilo.

Hipodamía asintió de nuevo. En sus ojos asomaban ya sendas lágrimas. Al corredor llegaban, amortiguados por los muros de piedra, los gritos y cánticos del festín. Sabiendo que no podían permanecer por más tiempo juntos allí, princesa y auriga se separaron.

Las siguientes horas, las pasó Mírtilo atareado en sus aposentos. Después, cuando todos dormían, vencidos por los excesos, se introdujo en el cobertizo donde se guardaba el formidable carro de Enómao, que él guiaba y, con tanta pericia como sigilo, sustituyó las broncíneas pezoneras del vehículo por otras idénticas que había fabricado en cera de abeja. Clareaba ya el día cuando concluyó la operación y se retiró de

nuevo sin ser visto. No hubiera podido dormir tampoco de cualquier otra manera. La ambición y el deseo lo devoraban a partes iguales. La proposición de Hipodamía los había desatado. Tiempo era ya de enviar al viejo déspota de Enómao al inframundo, pensó. Y ya hallaría el momento y la manera de ocuparse después del insolente lidio.

⋄⋄⋄

La jornada amaneció diáfana. El sol brillaba en el cielo y Pélope pensó, asomado a las murallas de Pisa, que aquella podía ser una hermosa tierra sobre la que reinar. También, si no lograba la victoria, que aquel podía ser un día igualmente hermoso para morir. No había abusado del vino la noche anterior y se sentía despejado. Llenó sus pulmones de aire y regresó a palacio, donde se encargó personalmente del forraje de sus caballos y de cepillarlos. Revisó a continuación cada detalle del carro y, una vez concluida la inspección satisfactoriamente, condujo hasta el lugar convenido para la partida, en los aledaños de la heredad.

Allí finalizaba Mírtilo también la revisión del carro rival, mientras varios criados disponían el altar en el que Enómao oficiaría el sacrificio. Hipodamía aguardaba bajo los álamos, envuelta en una luz trémula y tornasolada, de nuevo semejante a un espejismo. Fue el propio Enómao quien, tomándola de la mano, la condujo hasta el carro de Pélope y la ofreció a su contrincante, que la ayudó a subir, aún turbado por su belleza.

—Aquí nace el camino que lleva directo hasta Corinto, lidio. Alcanza tu destino antes de que yo te dé alcance y serán tuyos la mujer que portas contigo y mi trono.

Pélope asintió y, apartando sus ojos de Hipodamía por un momento, contempló el carro y los caballos de Enómao. Aquellas cuatro bestias nada tenían que envidiar a las suyas. No eran, tal vez, tan estilizadas como sus alados caballos albos, pero su tamaño y su musculatura eran aún más imponentes si cabe. Con cada movimiento, por leve que fuera, la tensión de su descomunal potencia se hacía apreciable bajo el pelaje alazán.

La suerte, sin embargo, estaba echada. Pélope aguardó a que Hipodamía se acomodara y se asiera a la barandilla semicircular que protegía la caja. Después, a un gesto de Enómao, arreó con fuerza el tiro y el carro salió despedido hacia delante, dejando a su espalda una nube de polvo. Poco tardó el transporte en perderse en la distancia con sus pasajeros, las ruedas rozando apenas el suelo. El rey los observó desaparecer y procedió a realizar el sacrificio. Ardió la pira y se ofrendaron las vísceras y libaciones contemplando escrupulosamente el procedimiento, pero no escapó a los más observadores de entre los presentes que Enómao, de costumbre ostentosamente parsimonioso durante el ritual, se aplicaba a la tarea con singular presteza aquella mañana.

No más hubo finalizado el rito propiamente dicho, empuñó su bruñida lanza, saltó al carro y rugió a Mírtilo que azuzara a los caballos. Así partieron también el rey y el auriga en pos de Pélope e Hipodamía, como una exhalación, llevados en volandas por los caballos ofrendados por el terrible Ares. Nadie del cortejo se atrevió a dudar, al verlos salir, de que regresarían pocas horas después portando consigo, como siempre, el cadáver del aspirante y a Hipodamía, pálida y avergonzada, su labio inferior a punto de sangrar bajo la presión contenida pero desesperada de sus dientes.



El rey Enómao procedió a ofrecer libaciones con sigular presteza esa mañana.

Lo primero que sorprendió a la princesa durante el transcurso de aquella nueva carrera fue hasta qué punto la determinación de Pélope lo inhibía de la tentación de volver la cabeza hacia atrás; tentación en la que, antes o después, todos los anteriores pretendientes habían incurrido. No así el tantálida quien, con la vista siempre puesta al frente, parecía querer tirar él mismo del carro mientras jaleaba a los caballos, sin prestar atención a lo que ocurriera a sus espaldas. Nunca antes tampoco había corrido Hipodamía a tantísima velocidad.

Así transcurrieron las horas mientras atravesaban la anchurosa tierra como una saeta y el paisaje, casi intacto por sus ruedas, se iba abriendo ante ellos como si quisiera rendirles pleitesía. Convertida en un remolino de colores verdes y parduzcos, la tierra se precipitaba a sus costados como succionada por un vórtice. Mareada por aquel ritmo trepidante, la princesa se aferró con más fuerza a su asidero. Al percibir el tono lívido de sus manos y su rostro, Pélope se atrevió por fin a hablarle:

—No temas —le dijo, alzando la voz sobre el viento que los azotaba—. No volcaremos. Nada que no sea la mano de tu padre nos detendrá.

Y como la pálida Hipodamía se esforzara por esbozar una sonrisa, aún se atrevió Pélope a añadir:

—Sabes que, sea cual sea el resultado de esta carrera, mi viaje no habrá sido en vano. Solo por haber tenido la ocasión de conocerte habrá merecido la pena.

Sonrió entonces Hipodamía abiertamente. Intuyendo un aura de amargura en su sonrisa, Pélope comprendió que no sería la primera vez que escuchaba algo parecido y en aquella

misma tesitura. No se equivocaba. Había intentado sin éxito Hipodamía inmunizarse contra las galanterías que algunos de sus pretendientes acertaban a formular a duras penas en el corto lapso con que contaban para ello, poco antes de tener que hacerse ella misma cargo de las riendas, manchada en la sangre de aquellos. Pero esta vez era diferente. Aunque la corroían, más que nunca, la angustia y la incertidumbre por el sino del lance y, sobre todo, por la dirección que habría tomado y tomaría en última instancia la veleidosa lealtad de Mírtilo, la profunda impresión que Pélope había causado en ella no se debilitaba, como tampoco lo hacía su decisión de poner fin al continuado y sangriento despropósito de su padre. Pero vacilaba a la hora de confesar a Pélope su arreglo con Mírtilo. ¿Y si después de todo lo conseguían sin la ayuda del malicioso auriga? Pues volaban literalmente sobre la tierra y el carro de su padre ni siquiera había aparecido todavía a sus espaldas. Pélope pareció leer su mente, cuando extendió su brazo y gesticulando le dijo:

—A nuestra izquierda estamos dejando ya atrás los pastos de la Arcadia y el monte Cilene; y también la Argólide, a nuestra derecha. ¡Allí delante aguarda ya Corinto!

No había acabado de pronunciar estas palabras Pélope, al divisar en la lejanía el istmo, cuando un grito de Hipodamía le hizo volver la cabeza por primera vez en todo el trayecto. Allí, a sus espaldas, al doblar una curva, ganándoles terreno, había aparecido el carro de Enómao. Mírtilo arreaba con violencia a los poderosos alazanes, que volaban también sobre el suelo con los hocicos espumeantes. Pélope puso su mano sobre la de Hipodamía y azuzó a su tiro con energía. Por un momento, la sola determinación de ambos jóvenes

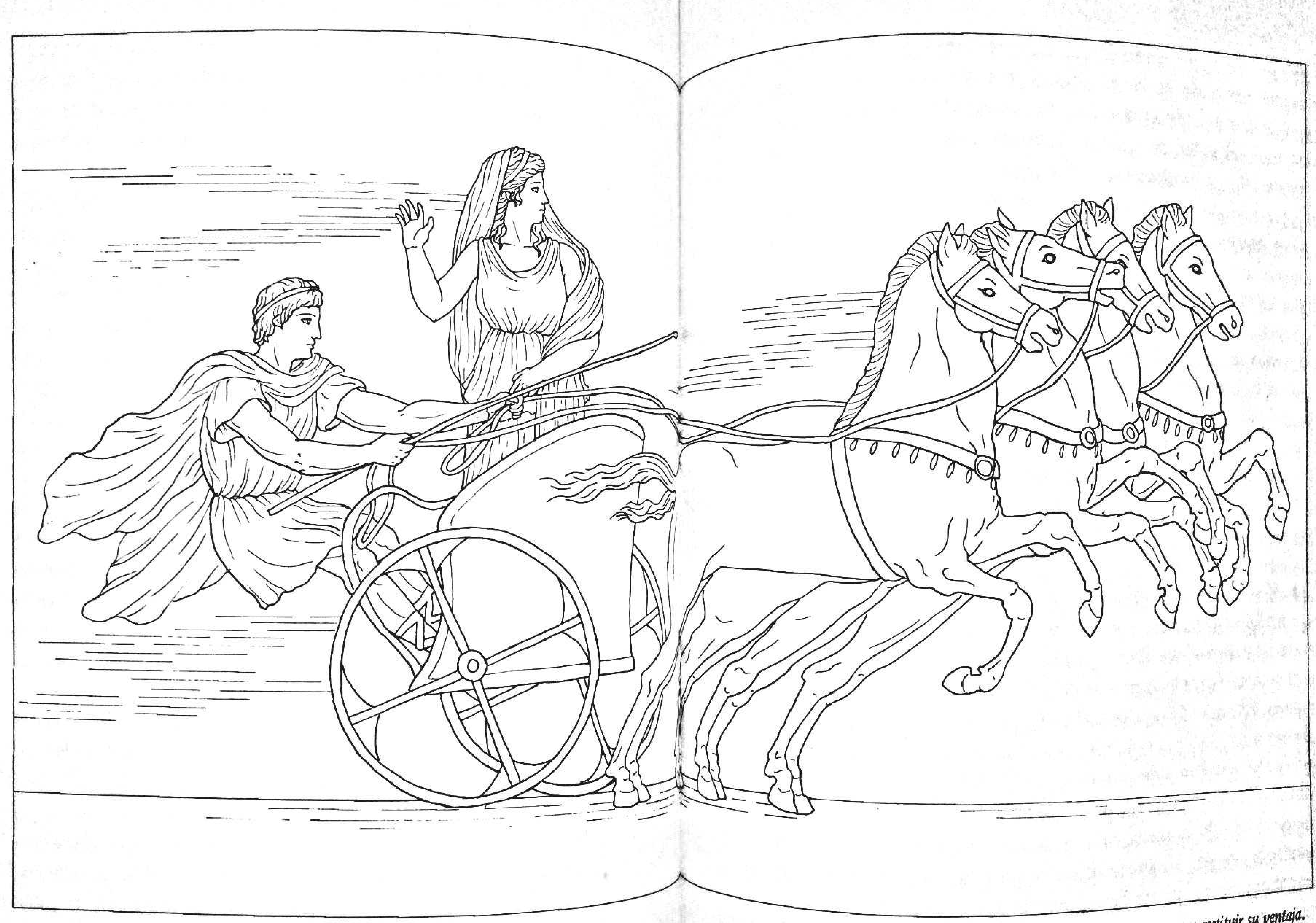
pareció bastar para restituir su ventaja, pero aquella impresión se demostró pronto un espejismo. Aún aladas, sus bestias, cercanas al desfallecimiento, no podrían aguantar por mucho más tiempo el ritmo salvaje del tiro de Enómao, más resistente.

Ya se hacían visibles las techumbres de la espléndida ciudad, tendida sobre la lengua de tierra, cuando Hipodamía acercó sus labios al oído del tantálida.

—Contamos con un aliado —gritó.

Pélope no pudo responder a la inesperada revelación: a su derecha acababa de aparecer la pareja delantera del tiro de Enómao y vio cómo este empuñaba ya su lanza. Por dos veces amagó el monarca el tiro sin decidirse a arrojarla, pues aguardaba a disponer de una ocasión franca. Mientras tanto no dejaba de insultar a su auriga y de gritarle que se aproximara más al carro de Pélope. Obedecía Mírtilo, quien, sin embargo, dirigía cada poco su mirada nerviosa a la parte baja de su propio carro. Cuando los perseguidores dieron caza definitiva a su presa y ambos tiros se pusieron por primera vez a la par, las falsas pezoneras cedieron al fin, deshaciéndose. Percatándose de ello, Mírtilo soltó súbitamente las riendas y saltó del carro, que comenzó a bandearse peligrosamente. Cayó entonces hacia atrás Enómao, en el mismo instante en que se disponía a atravesar a Pélope con su lanza. Al ver saltar a su auriga, comprendió, presa del desconcierto y la cólera, que había sido traicionado.

Poco tardó su carro en volcar, envuelto en chispas mientras el metal se hería brutalmente contra el piso. Horrorizados, Pélope e Hipodamía contemplaron cómo los alazanes desbocados los rebasaban finalmente por un flanco, arrastrando



La determinación de Hipodamía y Pélope pareció bastar para restituir su ventaja.

tras de sí al malhadado Enómao, que había quedado fatalmente enredado en las riendas. Aún tuvo el rey tiempo de maldecir a Mírtilo entre alaridos y desearle una muerte ignominiosa, antes de quedar él convertido en un guiñapo inerte y sanguinolento.

Tirando de las riendas con todas sus fuerzas, Pélope detuvo entonces su marcha. Tomando a Hipodamía por los hombros la apremió a contarle qué había sucedido. Él mismo había visto desmigajarse aquellas pezoneras en el instante fatal, como si fueran barro. ¿Qué secretos ardides habían resuelto la carrera de aquel modo? ¿Y a qué se había comprometido ella?

—Después, después, te lo ruego, Pélope. Después, en palacio —fue toda la respuesta que obtuvo de la huérfana temblorosa, y no se atrevió Pélope a insistir, pues un llanto incontenible apenas le permitía hablar.

◇◇◇

En el momento de iniciar su regreso, el convoy victorioso componía empero una estampa llena de patetismo. Del áureo carro tiraban ahora, junto con los caballos albos, los dos únicos alazanes que Pélope había logrado recuperar del tiro de Enómao. En cuanto al cadáver del monarca, para poder remolcarlo el tantálida lo había atado a unas parihuelas que había improvisado con la ayuda de Mírtilo, a quien también habían recogido un poco más adelante. El extraño trío se agolpaba ahora en la caja de la cuadriga superviviente y avanzaba envuelto en un tenso silencio, tan solo roto de vez en cuando por el llanto de Hipodamía. Cuando esta comenzó a toser, su garganta castigada por el polvo y la sed, Pélope

tuvo la cortesía de detener su marcha para llegarse hasta un arroyo cercano en busca de agua.

—No tardaré, aguardad aquí —dijo, llevándose consigo el odre vacío.

Cuando alcanzó el riachuelo que corría junto al sendero, protegido por la vegetación, bebió primero él y se lavó la cara antes de llenar el odre. Agradeció el contacto con el agua fría y límpida. La celeridad y la intensidad de los acontecimientos había sido tal que necesitaba despejarse para pensar con claridad. Había vencido. Hipodamía era suya. Pero tan cierto como aquello lo era también que la victoria no había sido sin mácula. Había logrado el triunfo aupado por una conspiración ajena cuyos entresijos tan solo intuía. Sus emociones eran ambivalentes. Aun así, sentía de algún modo que podía confiar en Hipodamía. Pero la presencia del auriga traidor lo inquietaba y lo repugnaba.

Emprendía ya el regreso hacia el carro embebido en estas cavilaciones cuando escuchó gritar a Hipodamía. Corrió entonces tan rápido como se lo permitieron sus piernas para acudir en su auxilio. Cuando llegó de nuevo al camino, sin embargo, nada parecía haber sucedido. Allí estaban la princesa y Mírtilo, aguardando en el carro tal y como los había dejado, separados, en silencio. Pero las mejillas encendidas de Hipodamía, su colérico rubor y su mirada fija en el horizonte, así como los ojos desorbitados del sudoroso auriga delataban el episodio de frustrada violencia que acababa de acontecer. Aprovechando la breve ausencia de Pélope, Mírtilo, incapaz de contener su lascivia, durante tantos años alimentada y reprimida en vida de Enómao, se había abalanzado sobre Hipodamía deseoso de cobrarse un adelanto del

premio prometido. El rechazo de la princesa no había hecho sino avivar su concupiscencia.

Pélope miró a uno y a otro antes de entregar el odre a Hipodamía y, coligiendo cuál era la situación, decidió con prudencia aplacar su violencia en aquel primer instante. Las normas de la carrera lo habían obligado a competir desarmado, y eliminar a Mírtilo con sus propias manos no se le antojaba la mejor solución. Así, fingiéndose ignorante, volvió a tomar las riendas y se colocó entre ambos. Reanudó entonces la marcha y al poco tomó el camino que corría pegado a la rocosa costa por el lado que ocupaba Mírtilo, quien no se percató de lo taimado de la maniobra. Esperó entonces Pélope a que transitaran junto a un acantilado especialmente pronunciado y, llegada la ocasión, con un movimiento rápido y brusco, asió al enjuto Mírtilo y lo arrojó al vacío propinándole un brutal empellón. Varias veces se golpeó el cuerpo del desdichado auriga con la abrupta pared antes de precipitarse en el mar. Pero como poco antes hiciera Enómao con él, aún tuvo tiempo el maltrecho Mírtilo de maldecir a Pélope, rogando a los dioses y a su padre, Hermes, que vengaran su muerte castigando a su progenie. Resonaron los gritos del moribundo entre las rocas, antes de que desapareciera para siempre bajo el oleaje, y la virulencia de su maldición erizó la piel de los dos príncipes.

Posó esta vez su mano Hipodamía sobre la de Pélope y apoyó la cabeza sobre su hombro. La retiró al momento al sentir el frío contacto del marfil.

—También yo tengo mucho que contarte —dijo el príncipe, descubriendo su prótesis.

—Llévanos a casa —respondió Hipodamía, recostándose nuevamente sobre ella.

◇◇◇

A su regreso a Pisa, Pélope fue recibido como un héroe. El cruel Enómao gozaba ya de pocas simpatías entre sus súbditos y pocos ocultaron su regocijo al ver sangre nueva en el trono. A la buena acogida del nuevo rey contribuyó también la popularidad de la que sí gozaba su bella esposa. Juntos, el tantálida e Hipodamía sintetizaban, en su apostura y su lozano vigor, la promesa de una nueva era para el reino.

Con todo, lo primero que hizo el nuevo monarca fue ajustar cuentas con el pasado. No había olvidado Pélope el vergonzoso destino final de quienes lo habían precedido en aquella aventura, arrojados extramuros a la fosa de la que él mismo bien podía haber acabado siendo inquilino. Ordenó presto abrirla y dar a cada uno de los pretendientes caídos digna sepultura, levantando en cada una de ellas un túmulo funerario para honrar debidamente su recuerdo. Acto seguido, fijó también la celebración anual de una competición de cuadrigas en honor del difunto monarca, a la que con el tiempo acudirían los mejores aurigas de toda la península e incluso de toda la Hélade.

Alabaron la prudencia y la generosidad del nuevo rey los consejeros áulicos, pero no tanto así su esposa, quien nunca se había caracterizado por su excesiva piedad, y a quien aquella febril actividad conmemorativa parecía irritar ligeramente.

—¿Temes acaso la maldición del vil Mírtilo? —le preguntó una noche en el lecho.

que explica su llegada a la tierra que más tarde sería conocida por su nombre: el Peloponeso, esto es, la «isla de Pélope». A la hora de relatarla, los mitógrafos y poetas de la antigua Grecia se quedan en el episodio del rey Enómao de Pisa, quien, como señala de nuevo la *Biblioteca mitológica*, «ya fuera porque la amase, como dicen algunos, o porque tuviera el vaticinio de que terminaría sus días a manos del que la desposara», retaba a una carrera de carros a todo aquel que pidiera la mano de su hija Hipodamía. El precio de la derrota era la vida: el pretendiente era decapitado y su cabeza, clavada en una pica, pasaba a ornar el palacio del rey, mientras que su cuerpo, según advierte el geógrafo Pausanias (siglo II d.C.) en su *Descripción de Grecia*, era lanzado a una tumba común sin ceremonia alguna.

En el momento de llegar el hijo de Tántalo a Pisa, hasta doce pretendientes habían sido ejecutados de ese modo, cifra que varía según las fuentes, pero que nunca baja de doce. Según otro mitógrafo, el romano Cayo Julio Higino (64 a.C.-17 d.C.), la visión de las cabezas cortadas a punto estuvo de hacer desistir a Pélope de participar en la carrera. Pero se repuso y consiguió superar el primero los más de 150 kilómetros que separaban Pisa (cerca de donde se levantaría Olimpia) del altar de Poseidón que había en el istmo de Corinto. El suyo, no obstante, no fue un triunfo limpio, pues hubo de recurrir a la traición del auriga de Enómano, Mírtilo, al que luego daría muerte, ya fuera porque había intentado, según la versión más difundida del mito, propasarse con Hipodamía, bien porque Pélope le hubiera prometido la mitad de su reino a cambio de su ayuda o porque, simplemente, se trataba de un cómplice molesto al que más valía silenciar. La maldición que Mírtilo profiere antes de morir es la que propiciará toda la espantosa cadena de crímenes de los tantálidas.

Más allá de su argumento, el relato es interesante por las interpretaciones históricas que de él se desprenden y que ya advirtieron

los historiadores antiguos. Para ellos, el mito conserva el eco de las migraciones que grupos procedentes de Asia Menor llevaron a cabo en el Peloponeso. En ese sentido se expresa el ateniense Tucídides (460-396 a.C.) cuando, en su *Historia de la guerra del Peloponeso*, escribe que «Pélope, gracias a la gran fortuna con la que desde Asia llegó a un pueblo sin recursos, se hizo con el poder y, a pesar de ser extranjero, alcanzó el honor de dar su nombre al país». Ahora bien, ¿eran griegos esos recién llegados o lo eran los autóctonos con los que se encontraron? ¿Fue la suya una invasión o una penetración paulatina? Estas y otras cuestiones siguen siendo hoy un misterio que divide a la comunidad científica, y que ni la arqueología ni la lingüística han sido capaces de dilucidar.

EL IDEAL DEL HÉROE

Como se ha visto, Tántalo aparece ya en la *Odisea* homérica. Su mito, pero sobre todo el de su hijo, aparece narrado con más detalle en la primera oda de las *Olímpicas* del lírico Píndaro (518-428 a.C.), no en balde una tradición relaciona a Pélope con la fundación de los juegos olímpicos. Su resurrección «de marfil ornado su reluciente hombro», el amor que por él sintió Poseidón y el regalo que este le hizo de «un carro de oro y corceles de alas incansables» para ganar a la bella Hipodamía, son algunos temas tratados en estos versos, en los que también se recogen unas palabras de Pélope que expresan el ideal del héroe: «El gran peligro no sorprende a un hombre sin coraje. Entre quienes el morir es destino, ¿por qué uno debería consumir, en la oscuridad sentado, en vano una vejez sin nombre, privado de toda cosa bella? Mas para mí ese combate dispuesto está. ¡Quieras tú [Poseidón] darme el éxito querido!». En

—Solo hago lo que es debido —respondió entonces Pélope.

Pero lo cierto era que sí. Sí la temía. Le avergonzaba la artimaña ajena que, otorgándoselo, había corrompido su triunfo, ensuciándolo por siempre. Tampoco se enorgullecía de haber asesinado al hijo de Hermes del modo ignominioso en que lo había hecho. Sabía que los dioses podían ser vengativos, tanto o más de lo que podían ser clementes. No era algo, sin embargo, que pareciera inquietar a Hipodamía. Mas en Pélope latía con fuerza el terror a las consecuencias de los actos funestos. Por más que se había esforzado en vivir una vida nueva cuando esta le fue milagrosamente devuelta y en romper toda atadura con su corta existencia anterior, habitaba en lo más profundo de su ser la sombra de su tragedia y la del fantástico sacrilegio cometido por su padre.

—Estoy maldito —le escuchaba Hipodamía murmurar a veces en sueños.

No desapareció aquel temor en el corazón del héroe cuando tomó la vecina ciudad de Olimpia, ni tampoco cuando, obteniendo victoria tras victoria, logró someter bajo su mandato a toda la península, que antes llamaban Apia y que, a partir de entonces, tomó en su honor el nombre de Peloponeso. Fue él también quien levantó en aquella tierra el primer templo a Hermes, con la esperanza de purificar su pecado. Y nunca dejó de sentir Pélope un sano vértigo cuando, asomado a sus murallas, dejó de divisar los límites de su creciente imperio. Allí estaba siempre, además, su hombro de marfil para conminarlo a la templanza recordándole su historia.

Mas no heredarían, sin embargo, sus hijos y los de Hipodamía su misma prudencia ni aquel religioso temor, y terminarían estos por cometer nuevas irreverencias y atrocidades. Por ello, aunque los dioses siguieron mostrándose clementes con Pélope durante su recobrada vida —aquel don por ellos otorgado—, su ira terrible volvería a caer llegado el momento sobre su impía progenie, como un día cayera sobre su padre Tántalo. Tal fue y será por siempre el destino de quienes, embebidos de orgullo y no conociendo su lugar, osan desafiar lo más sagrado.

Las reliquias de Pélope

El hijo de Tántalo era considerado el antepasado de los aqueos, uno de los nombres que Homero da a los griegos que combatieron en la guerra de Troya y que, más concretamente, hace referencia a los habitantes del Peloponeso. Como tal, fue un héroe que gozó de un aura especial que aún se incrementó más tras su muerte. El lugar en el que fue enterrado cerca de Olimpia, el Pelopio, se convirtió así en un espacio sagrado en el que, hasta el triunfo del cristianismo en el siglo IV, se le sacrificaba cada año un carnero negro. La reliquia más preciada era, sin duda, el omoplato de marfil que los dioses fabricaron cuando resucitaron a Pélope para suplir aquel otro que Deméter había devorado en el impío festín dado por Tántalo. Según la leyenda, durante la guerra de Troya los adivinos anunciaron que los aqueos no se apoderarían de la ciudad hasta que ese hueso no fuera enviado a su campamento. Así se hizo, pero en el viaje de vuelta la reliquia se perdió por un naufragio. Muchos años después fue recuperada por un pescador llamado Damármeno, que se asombró ante su desmesurado tamaño. Por orden del oráculo de Delfos, fue devuelta al Pelopio, pero según refiere Pausanias, acabó perdiéndose: «[El hueso] había estado escondido durante mucho tiempo en el fondo del mar y se deterioró, además de por el tiempo, sobre todo, por la acción del agua». Aun así, el geógrafo repasa otros vestigios de Pélope y su padre que se conservaban en su lugar de origen, el anatolio monte Sípilo, como «un lago que tiene su nombre por Tántalo y una tumba famosa, y un trono de Pélope en la cima».

cuanto a Tántalo, el poeta recuerda que «pago de mal género alcanza con frecuencia a los blasfemos», pues «si en verdad a algún hombre mortal los guardianes del Olimpo honraron, ese fue Tántalo. Pero él, por cierto, no pudo digerir su enorme dicha, y por su desmesura cobró el castigo terrible: que el padre Zeus suspendió sobre él la piedra pesada que siempre se esfuerza en apartar de su cabeza y queda ajeno a todo gozo».

Este castigo, distinto al de Homero, es mencionado también por el trágico Eurípides (484-406 a.C.) en su *Orestes*. Lamentablemente, las tragedias sobre los personajes de este mito se han perdido. Es el caso del *Enómao* de este mismo autor, de la que solo han quedado algunos versos de carácter aleccionador: «Todo mortal que aspira a vivir largo tiempo se equivoca gravemente: una vida prolongada solo multiplica el sufrimiento». No menos elocuentes son los de otra tragedia también perdida, el *Tántalo* de Sófocles (496-406 a.C.): «El tiempo de la vida de un hombre es breve, pero bajo tierra la muerte que no se ve yace para toda la eternidad».

Muy diferente es el enfoque del escritor sirio de expresión griega Luciano de Samosata (125-181 d.C.). En uno de sus humorísticos *Diálogos de los muertos*, Tántalo se lamenta de su tremenda sed, lo que provoca la sorpresa de otro personaje, el filósofo cínico Menipo: «Es prodigioso lo que te pasa, Tántalo —le dice—. Pero, dime, ¿qué falta te hace beber? Porque no tienes cuerpo, que está enterrado en algún lugar de Lidia, y es el que precisamente podría tener hambre y sed, y en cambio tú, el alma, ¿cómo podrías aún tener sed o beber? [...] ¿Acaso temes morir por falta de bebida?».

Menor ha sido la atención prestada a los diferentes episodios de este mito por los autores romanos. En su poema épico *Metamorfosis*, Ovidio (43 a. C-17 d. C.) se limita a describir un lugar del infierno al que da el ilustrativo nombre de Morada Criminal: es la prisión

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Famosa por sus crímenes, la casa real de Micenas encuentra su origen en Tántalo y su hijo Pélope, aquel un rey asiático castigado por los dioses a padecer hambre y sed perpetuas, este un héroe que regresó de la muerte para establecerse en una tierra a la que dio su nombre, el Peloponeso.

Cuando, en el canto XI de la *Odisea* de Homero (siglo VIII a.C.), el héroe Ulises realiza su descenso a los infiernos, sus ojos no solo contemplan las sombras de muchos con los que luchó codo con codo ante los muros de Troya, sino también las de otros a los que su indignidad en vida hizo que el solo hecho de estar muertos no fuera suficiente castigo para los dioses. Debían sufrir por toda la eternidad un tormento proporcional a sus pecados. El de Ítaca vio así al lujurioso Ticio, al que dos buitres roían el hígado, y a su propio antepasado Sísifo, obligado a empujar hasta el pico de un monte una piedra enorme que, invariablemente, rodaba hasta el punto de partida cuando casi lograba tocar la cima. Ulises vio también a Tántalo: «Estaba hasta el mismo mentón sumergido en las aguas de un lago y penaba de sed, pero en vano saciarla quería: cada vez que a beber se agachaba con ansia ardorosa, absorbida escapábase el agua y en torno a sus piernas descubríase la tierra negruzca que un dios desecaba. Corpulentos frutales sus ramas tendíanle a

la frente con espléndidos frutos, perales, granados, manzanos, bien cuajados olivos, higueras con higos sabrosos; mas apenas el viejo alargaba sus manos a ellos cuando un viento veloz los alzaba a las nubes sombrías». Todavía hoy, este suplicio simboliza el de todo aquel que desea algo con todas sus fuerzas sin que pueda conseguirlo nunca.

LA OMNISCIENCIA DIVINA

Tántalo es un personaje de extraordinaria importancia en la mitología griega como ancestro del linaje maldito que reinó en Micenas y Argos. Las fuentes, aunque difieren en el lugar donde se encontraba su reino, Frigia o Lidia (ambas en Asia Menor), coinciden en afirmar que Tántalo disfrutaba del amor de los dioses hasta tal punto, que estos no dudaban en invitarlo a su mesa. Así fue hasta que, en un momento dado, cometió el crimen que le valió un despiadado castigo. De nuevo surge aquí la discrepancia. Según se lee en la *Biblioteca mitológica* (siglo II a. C.), «la razón de que esté castigado, así dicen algunos, es la divulgación entre los hombres de los ritos secretos de los dioses y el hacer partícipes de la ambrosía [el alimento de los olímpicos] a sus amistades». Un escolio (una nota o comentario) a la *Odisea* suma a estas razones la participación de Tántalo en el robo de un perro de oro que se hallaba en el santuario de Zeus en Creta.

Mas la causa principal puede haber sido el impío deseo de Tántalo de poner a prueba la omnisciencia de los dioses. Con ese propósito los invitó un día a su palacio y, como plato principal, les sirvió a su propio hijo Pélope. Salvo Deméter, aún algo ida por el rapto de su hija Perséfone por Hades, el resto se dio cuenta de inmediato

de lo que se le ofrecía y lo apartó de sí con tanto horror como indignación, gesto que tradicionalmente ha sido interpretado como una prueba del rechazo de la religión olímpica hacia los sacrificios humanos. De hecho, el que solo Deméter, la vieja diosa agraria de los misterios de Eleusis, se avenga a comer tan abominable manjar puede muy bien ser un vestigio de antiquísimos ritos de fertilidad que reclamaban sangre humana.

El castigo para Tántalo fue memorable: sufrir eternamente hambre y sed, aún más incrementadas por el hecho de tener al alcance de la mano, pero siempre inaccesibles, los medios con que saciar ambas. Aunque no es el único suplicio que se le aplica: para otros autores, Tántalo sufre el tener sobre su cabeza un peñasco que amenaza con desplomarse en cualquier momento sobre él. Al hambre y la sed se suma así la posibilidad de una segunda y definitiva muerte. No es por tanto extraño que el filósofo ateniense Platón (427-347 a. C.), en su diálogo *Crátilo*, haga derivar el nombre de este rey del griego *talántaton*, que significa «el mayor sufridor».

UN LINAJE MALDITO

La maldición que pesa sobre los tantálidas, sin embargo, no halla su origen tanto en los crímenes de Tántalo como en ese hijo suyo, Pélope, al que descuartizó, salpimentó y estofó para servirlo a la olímpica mesa. A fin de reparar tal abominación, los dioses reconstruyeron su cuerpo y lo devolvieron a la vida de tal modo que, según la *Biblioteca*, «resultó más bello en su resurrección» y acabó despertando el amor del señor de los mares, Poseidón. No obstante, la parte más interesante del mito de Pélope es aquella

que explica su llegada a la tierra que más tarde sería conocida por su nombre: el Peloponeso, esto es, la «isla de Pélope». A la hora de relatarla, los mitógrafos y poetas de la antigua Grecia se quedan en el episodio del rey Enómao de Pisa, quien, como señala de nuevo la *Biblioteca mitológica*, «ya fuera porque la amase, como dicen algunos, o porque tuviera el vaticinio de que terminaría sus días a manos del que la desposara», retaba a una carrera de carros a todo aquel que pidiera la mano de su hija Hipodamía. El precio de la derrota era la vida: el pretendiente era decapitado y su cabeza, clavada en una pica, pasaba a ornar el palacio del rey, mientras que su cuerpo, según advierte el geógrafo Pausanias (siglo II d.C.) en su *Descripción de Grecia*, era lanzado a una tumba común sin ceremonia alguna.

En el momento de llegar el hijo de Tántalo a Pisa, hasta doce pretendientes habían sido ejecutados de ese modo, cifra que varía según las fuentes, pero que nunca baja de doce. Según otro mitógrafo, el romano Cayo Julio Higino (64 a.C.-17 d.C.), la visión de las cabezas cortadas a punto estuvo de hacer desistir a Pélope de participar en la carrera. Pero se repuso y consiguió superar el primero los más de 150 kilómetros que separaban Pisa (cerca de donde se levantaría Olimpia) del altar de Poseidón que había en el istmo de Corinto. El suyo, no obstante, no fue un triunfo limpio, pues hubo de recurrir a la traición del auriga de Enómano, Mírtilo, al que luego daría muerte, ya fuera porque había intentado, según la versión más difundida del mito, propasarse con Hipodamía, bien porque Pélope le hubiera prometido la mitad de su reino a cambio de su ayuda o porque, simplemente, se trataba de un cómplice molesto al que más valía silenciar. La maldición que Mírtilo profiere antes de morir es la que propiciará toda la espantosa cadena de crímenes de los tantálidas.

Más allá de su argumento, el relato es interesante por las interpretaciones históricas que de él se desprenden y que ya advirtieron

los historiadores antiguos. Para ellos, el mito conserva el eco de las migraciones que grupos procedentes de Asia Menor llevaron a cabo en el Peloponeso. En ese sentido se expresa el ateniense Tucídides (460-396 a.C.) cuando, en su *Historia de la guerra del Peloponeso*, escribe que «Pélope, gracias a la gran fortuna con la que desde Asia llegó a un pueblo sin recursos, se hizo con el poder y, a pesar de ser extranjero, alcanzó el honor de dar su nombre al país». Ahora bien, ¿eran griegos esos recién llegados o lo eran los autóctonos con los que se encontraron? ¿Fue la suya una invasión o una penetración paulatina? Estas y otras cuestiones siguen siendo hoy un misterio que divide a la comunidad científica, y que ni la arqueología ni la lingüística han sido capaces de dilucidar.

EL IDEAL DEL HÉROE

Como se ha visto, Tántalo aparece ya en la *Odisea* homérica. Su mito, pero sobre todo el de su hijo, aparece narrado con más detalle en la primera oda de las *Olímpicas* del lírico Píndaro (518-428 a.C.), no en balde una tradición relaciona a Pélope con la fundación de los juegos olímpicos. Su resurrección «de marfil ornado su reluciente hombro», el amor que por él sintió Poseidón y el regalo que este le hizo de «un carro de oro y corceles de alas incansables» para ganar a la bella Hipodamía, son algunos temas tratados en estos versos, en los que también se recogen unas palabras de Pélope que expresan el ideal del héroe: «El gran peligro no sorprende a un hombre sin coraje. Entre quienes el morir es destino, ¿por qué uno debería consumir, en la oscuridad sentado, en vano una vejez sin nombre, privado de toda cosa bella? Mas para mí ese combate dispuesto está. ¡Quieras tú [Poseidón] darme el éxito querido!». En

Las reliquias de Pélope

El hijo de Tántalo era considerado el antepasado de los aqueos, uno de los nombres que Homero da a los griegos que combatieron en la guerra de Troya y que, más concretamente, hace referencia a los habitantes del Peloponeso. Como tal, fue un héroe que gozó de un aura especial que aún se incrementó más tras su muerte. El lugar en el que fue enterrado cerca de Olimpia, el Pelopio, se convirtió así en un espacio sagrado en el que, hasta el triunfo del cristianismo en el siglo IV, se le sacrificaba cada año un carnero negro. La reliquia más preciada era, sin duda, el omoplato de marfil que los dioses fabricaron cuando resucitaron a Pélope para suplir aquel otro que Deméter había devorado en el impío festín dado por Tántalo. Según la leyenda, durante la guerra de Troya los adivinos anunciaron que los aqueos no se apoderarían de la ciudad hasta que ese hueso no fuera enviado a su campamento. Así se hizo, pero en el viaje de vuelta la reliquia se perdió por un naufragio. Muchos años después fue recuperada por un pescador llamado Damármeno, que se asombró ante su desmesurado tamaño. Por orden del oráculo de Delfos, fue devuelta al Pelopio, pero según refiere Pausanias, acabó perdiéndose: «[El hueso] había estado escondido durante mucho tiempo en el fondo del mar y se deterioró, además de por el tiempo, sobre todo, por la acción del agua». Aun así, el geógrafo repasa otros vestigios de Pélope y su padre que se conservaban en su lugar de origen, el anatolio monte Sípilo, como «un lago que tiene su nombre por Tántalo y una tumba famosa, y un trono de Pélope en la cima».

cuanto a Tántalo, el poeta recuerda que «pago de mal género alcanza con frecuencia a los blasfemos», pues «si en verdad a algún hombre mortal los guardianes del Olimpo honraron, ese fue Tántalo. Pero él, por cierto, no pudo digerir su enorme dicha, y por su desmesura cobró el castigo terrible: que el padre Zeus suspendió sobre él la piedra pesada que siempre se esfuerza en apartar de su cabeza y queda ajeno a todo gozo».

Este castigo, distinto al de Homero, es mencionado también por el trágico Eurípides (484-406 a. C.) en su *Orestes*. Lamentablemente, las tragedias sobre los personajes de este mito se han perdido. Es el caso del *Enómao* de este mismo autor, de la que solo han quedado algunos versos de carácter aleccionador: «Todo mortal que aspira a vivir largo tiempo se equivoca gravemente: una vida prolongada solo multiplica el sufrimiento». No menos elocuentes son los de otra tragedia también perdida, el *Tántalo* de Sófocles (496-406 a. C.): «El tiempo de la vida de un hombre es breve, pero bajo tierra la muerte que no se ve yace para toda la eternidad».

Muy diferente es el enfoque del escritor sirio de expresión griega Luciano de Samosata (125-181 d. C.). En uno de sus humorísticos *Diálogos de los muertos*, Tántalo se lamenta de su tremenda sed, lo que provoca la sorpresa de otro personaje, el filósofo cínico Menipo: «Es prodigioso lo que te pasa, Tántalo —le dice—. Pero, dime, ¿qué falta te hace beber? Porque no tienes cuerpo, que está enterrado en algún lugar de Lidia, y es el que precisamente podría tener hambre y sed, y en cambio tú, el alma, ¿cómo podrías aún tener sed o beber? [...] ¿Acaso temes morir por falta de bebida?».

Menor ha sido la atención prestada a los diferentes episodios de este mito por los autores romanos. En su poema épico *Metamorfosis*, Ovidio (43 a. C-17 d. C.) se limita a describir un lugar del infierno al que da el ilustrativo nombre de Morada Criminal: es la prisión

en la que sufren tormento eterno Ticio, Ixión, Sísifo y Tántalo. Otro breve pasaje trata de Pélope y su hombro izquierdo de marfil: «Este hombro —explica el poeta— había tenido, al tiempo de nacer, el mismo color que el derecho y de carne; después, cuentan que sus miembros, cortados por las manos de su padre, los unieron los dioses; encontraron el resto, pero faltaba el sitio entre la garganta y la parte superior del brazo; se puso marfil allí para sustituir la parte que no aparecía y con esto quedó Pélope entero».

EL FRONTÓN DE OLIMPIA

Al igual que los poetas, los artistas de la Antigüedad se sintieron también atraídos por las posibilidades de este mito. La obra más destacada es sin duda el frontón oriental del templo de Zeus Olímpico de Olimpia, que Pausanias atribuye a Peonio (siglo v a. C.). En él se representan los preparativos de la carrera de carros que enfrentará a Pélope y Enómao. No falta ningún personaje, ni siquiera Zeus, que ocupa el centro de la composición, o los caballos: Hipodamía, la esposa del rey de Pisa, Mírtilo, los palafreneros de ambos contendientes e incluso algún adivino que parece horrorizado ante los acontecimientos que vendrán, todos son representados aquí en ese «estilo severo» que anuncia ya el paso al estilo clásico en la escultura griega.

Pélope e Hipodamía aparecen también en relieves de época clásica, así como en sarcófagos de época romana, como en uno del siglo IV d. C. que muestra cómo, en el fragor de la carrera, Enómao es arrastrado por sus caballos. En cuanto a Tántalo, su presencia en el arte antiguo es más anecdótica. Un vaso de figuras rojas del siglo IV a. C., procedente de Apulia, representa cómo las aguas se retiran cuando el sediento rey acerca su mano.



La condena de Tántalo aparece recreada en este vaso de figuras rojas (Staatliche Antikensammlungen de Múnich), datado hacia el 330 a. C. y hallado en la localidad italiana de Canosa, en la Apulia. El hijo de Zeus, tocado con un casco o gorro que señala su origen oriental, alarga su mano para intentar hacerse con un poco de agua, mas esta se retira antes de que él llegue a tocarla.

Más suerte ha tenido el tema en la pintura moderna gracias a artistas como los italianos Gioacchino Assereto (1600-1649) o Giovanni Battista Langetti (1625-1676), que reflejaron la desesperación de Tántalo ante la imposibilidad de comer y beber. Otro pintor, el francés Valentin Lefebvre (1642-1682), prefirió plasmar el festín que el rey dio en su palacio a los olímpicos. El lujo de esta pintura contrasta con la sequedad y acidez del grabado *Tántalo*, de la serie *Los caprichos* del español Francisco de Goya (1746-1828), en el que se ve a un hombre lamentándose ante el cuerpo de una joven, aparentemente sin vida. Un texto, quizá debido al propio artista, señala la relación con el mito griego: «Una buena hembra al lado de un viejo que no la satisface tiene deliquios, y es como el que tiene sed, está junto al agua, y no puede gustarla». Muy diferente es *El suplicio de Tántalo*, del francés Honoré

Daumier (1808-1879), un grabado perteneciente a la serie *Historia antigua* que caricaturiza la importancia que se le da al legado grecorromano en el mundo moderno. Este Tántalo, en realidad, no es sino uno más de tantos envidiosos que anhelan una vida rodeada de viandas y champán.




La mitología ha servido a algunos artistas como excusa para criticar la sociedad de su tiempo. Es lo que hicieron Goya y Daumier en estos dos grabados. El «Tántalo» del primero (a la izquierda) pone en solfa los matrimonios entre hombres maduros o ancianos y doncellas mucho más jóvenes: «Si él fuese más galán y menos fastidioso, ella reviviría», apunta el artista. Daumier, por su parte, satiriza la devoción de sus contemporáneos por el pasado grecorromano al situar a los personajes mitológicos en su propio tiempo.

EL DRAMA DE HIPODAMÍA

La imagen dantesca de un Tántalo condenado al suplicio eterno ha inspirado a compositores como el francés Marc-Antoine Charpentier (1643-1704). Su ópera *El descenso de Orfeo a los infiernos* lo presenta al lado de otros dos famosos compañeros de desventura, como son Ixión y Ticio. «Terribles tormentos, aflicciones crueles, que en estos lugares sufrimos sin esperanza de socorro; dolores que se renuevan, penas siempre nuevas, ay, ¿duraréis siempre?», se lamentan los tres. El canto del tracio, sin embargo, supone un paréntesis a sus sufrimientos, como gozoso exclama Tántalo: «Ni estos frutos ni estas aguas despiertan ya mi deseo».

A pesar de constituir una absoluta rareza, hay que destacar aquí la monumental trilogía *Hipodamía*, con la que el checo Zdeněk Fibich (1850-1900) quiso resucitar el género del melodrama, esto es, una acción teatral declamada y no cantada, pero con fondo musical continuo que, más que crear atmósfera, contribuye a definir a los personajes y a acentuar el carácter de cada situación. Para ello se valió de un texto del dramaturgo Jaroslav Vrchlický (1853-1912), fiel al mito original en la primera parte de la trilogía (*El cortejo de Pélope*), cuyo tema no es otro que la carrera de Pélope con Enómao, y más libre en las dos siguientes (*La expiación de Tántalo* y *La muerte de Hipodamía*), en las que aparece un Tántalo abrumado por el sentimiento de culpa y, sobre todo, se asiste a la contraposición entre un Pélope enérgico y seguro de sí mismo, cuya fuerza se basa en la razón, y una Hipodamía que, por el contrario, es todo pasión y sentimiento. El resultado es ilustrativo de la concepción que los artistas del Romanticismo tenían de los viejos mitos griegos: son historias universales en las que se condensan las fuerzas, emociones y deseos más insondables del ser humano.

Índice